

LA IMPOSICIÓN DE LAS MANOS

OSWALD WIRTH

“El individuo no es nada por él mismo, pero puede llegar a disponer de una fuente de energía inmensa si llega a compenetrarse con las corrientes de vida de la naturaleza”

“El gran agente mágico resulta de la conjunción de la voluntad masculina con la imaginación femenina, los opuestos principios complementarios que estos son, lo representan desde la antigüedad remota las serpientes del caduceo”.

“Cada uno puede imponer las manos y rendir a veces por este medio tan simple, inestimables servicios. La imposición curativa de las manos tendría que generalizarse, sumarse a las costumbres tradicionales.”

“Sepamos querer con dulzura, sin arrebatos ni sobresaltos; tengamos una imaginación viva y ardiente, y dejémonos entrenar desde fuera de nosotros mismos para llevar alivio a otros; cultivemos con tal finalidad nuestras facultades voluntarias e imaginativas; así nuestro fasto ser interior, oculto a nuestra consciencia se nos ira manifestando. Todo es, aprender a meditar sobre nuestros propios procesos cognitivos, con el fin de valerse del pensamiento, análogamente a como nos valemos de la energía eléctrica en sus múltiples aspectos y funciones.”

Oswald Wirth

La Imposición de las Manos - Oswald Wirth

A la memoria Del Vizconde **CHARLES DE VAUREAL**.

Doctor en medicina de la Facultad de París.

Al que el autor debe la llave interpretativa del simbolismo hermético

ANTES DE LA PRESENTACIÓN

Proponiéndose redactar un tratado sobre la imposición de las manos, el autor tuvo a la vista en primer lugar sólo un fin puramente humanitario. Había comprobado la eficacia de un modo de tratamiento desconocido, y se consideraba obligado a publicar el resultado de sus observaciones.

De ahí nació la primera parte de la obra presente. Que se dirige indistintamente a todas las personas de criterio amplio, lo bastante independientes para considerar las cosas sin previas posturas, excepto amar el conocimiento. Todo aquí se limita a un relato de hechos personales, expuestos en lo que los mismos tienen de instructivo. Pero la autoría, no podía validarse solamente en ello. De ahí que se está con derecho a pedirle explicaciones sobre lo expuesto, aunque fuera de manera hipotética; porque los hechos por sí mismos no implican ninguna conclusión válida, mientras racionalmente no sean correctamente interpretados.

Después de haber enseñado *la práctica*, a la autoría se le volvió entonces indispensable, proveer de por lo menos un mínimo de indicaciones y/o explicaciones con respecto al aspecto teórico. Así fue que tomó consistencia la segunda parte de este trabajo. Pero, no hay que buscar allí soluciones totalmente formuladas, porque al momento de este trabajo todavía el misterio dominaba en el territorio de *la psiquiatría*. Los *agentes psíquicos* que se advierten en acción en esta rama de la medicina, nos son desconocidos en su esencia. Nadie sabría decir lo que es a ciencia cierta *el pensamiento, la voluntad, la imaginación, o la vida*.

Pero poseemos sin embargo una tradición filosófica, la que proyecta una claridad viva sobre los problemas más temibles. Los grandes pensadores de antaño fueron, muy evidentemente ya, edificando una cierta síntesis de *ciencia y/o metafísica* que es importante poner al alcance de las generaciones actuales y futuras. Es a la restauración de un monumento precioso para la *arqueología del pensamiento*, que el autor se aplicó, exponiendo los *Principios de la Medicina Filosófica*.

Desgraciadamente o afortunadamente, según se vea, las elevadas especulaciones de la llamada, de modo general, *filosofía hermética* difícilmente podrían ser generalizadas, es decir puestas al alcance de cualquiera (y no es esto por falta de voluntad en ello). Quedarán, eso sí, como una herencia de una impensada elite intelectual, que supo discernir con respecto al espíritu vivificante o de vida, bajo las

formas rígidas de la letra muerta. Pero aun así, aquel que afortunadamente no sea totalmente ciego a la claridad interior de las cosas (a los contenidos), se prestará al lenguaje figurado que posee, por alegoría, una precisión definitoria que ninguna terminología escolástica a, todavía, podido alcanzar. Es por esta razón que las doctrinas alquímicas, o del Alma no han sido despojadas de sus vestiduras tradicionales.

En resumen, las páginas presentes le solicitan al lector que trate de salirse de los caminos convencionales, que solo le ofrecerán, a decir verdad, materiales apenas desbastados, quizás esto sea aquí precisamente su mérito. Porque lo importante no es en absoluto presentarles a los hombres la verdad en su quintaesencia más pura, sino de abastecerles de muchos alimentos de los cuales ellos mismos, masticándolos debidamente, puedan extraerlo. Qué cada uno quiera pues intentar el esfuerzo indispensable para el logro de la inteligente concepción de las cosas, que sólo han sido esbozadas aquí someramente. Pero que interesan con el mismo título al médico, al filósofo y al simple buscador de la verdad, por la razón íntima que lo guíe e impulse.

Pero preferentemente, este libro debe quedar dedicado al hombre de corazón, cuidadoso de disponer en favor de otro de un agente terapéutico que todos tenemos literalmente “bajo la piel de nuestras manos”. En tanto que el autor no aspira, nada más, que a ser útil sin retener nada para él del fruto de sus estudios.

O. W. París, 5 de abril de 1895

LA IMPOSICIÓN DE LAS MANOS OSWALD WIRTH

LA IMPOSICIÓN DE LAS MANOS Y LOS PROCEDIMIENTOS CURATIVOS QUE SE LO LIGAN PRIMERA PARTE PRÁCTICA CAPÍTULO PRIMERO LA MEDICINA INSTINTIVA

La intuición. Los Orígenes del arte de curarse. Concepciones primitivas. La fuerza vital transmisible de una persona a otra. El psychurgio. Su futuro.

Cuando la leyenda les atribuye a nuestros primeros padres la facultad del conocimiento espontáneo de toda cosa, se refiere sin duda a las prerrogativas de las que goza la inteligencia en el estado naciente, plenamente virgen de todo concepto sobre el mundo y sus cosas.

¹

En el arranque inicial, la salida de la ignorancia absoluta, el espíritu humano no sufre necesariamente del yugo de ningún prejuicio, de ninguna idea preconcebida,² su independencia de toda forma de entendimiento es entonces perfecta,³ y nada le impide orientarse libremente hacia la Verdad.

Éste "estado virgen" de independencia virtual, que detenta como naturaleza propia y que le es inmanente, es en él una influencia que a la vez que atrae, sumerge al espíritu humano en un éxtasis contemplativo ante la luz espiritual que lo compenetra materna y paternalmente, manifestándosele en su esplendor más puro. Es lo que la *Escritura* directamente llama: *Conversar con Dios*.

¹

Análogamente a como sucede en un equipo informático al cual se le carga el sistema de arranque, esto es DOS «System Operating Disk», en tanto que en el Hombre, devenido ser humano el "sistema operativo de inicio" sería DIOS «System Operating Intelligence Divinity».

²

Pues vive, es y existe en la verdad que le dio vida, análogamente a la situación normal de un nonato en este mundo)

³

Pues ninguna forma de entendimiento -cantidad, cualidad, relación, modalidad, manera, forma, está presente de modo racional a su consciencia y activa en él, porque si bien lo sabe todo, nunca hay que olvidar que el ojo que ve, no se ve a sí mismo, salvo en su semejante, pero debe estar enterado de ello, y como sabemos, en

la niñez estamos muy lejos de considerar al Padre y a la Madre como semejante nuestro. (1, 2, 3 notas del actualizador)

Esto quiere decir, que en su natural primigenia ingenuidad original, el hombre, en tanto espíritu en lo humano, es naturalmente intuitivo, profeta o ve sin velo alguno. Todo le es claro en tal instancia, adivina justo, pues en lugar de razonar, contempla, y sus contemplaciones van poniendo en valor incontrastable su genio.

Pero esta revelación primordial, llegada cierta instancia, por carecer justamente de contraste para ser propiamente valorizada por el genio humano necesitó (y así se le manifestó Mente) ser formulada racionalmente.

Y de allí en más fue el comienzo de nuestra gran cuestión o de nuestro gran escollo; porque el extático contemplativo dispone de la imagen pura y esencial de todo lo que es o contempla, pero ello, para la razón, -la que con tanto esfuerzo aun venimos tratando de conquistar-son sólo esbozos de imágenes infantiles carentes de sentido y lógica alguna. (n. a.)

- *-Esto es debido a que al contemplar; el espíritu devenido humano no puede abstenerse de personificar todo lo que ve con acuerdo a su axioma de arranque o inicio primordial:-*
- *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza «Génesis», esbozando entonces lo que es desconocido para la razón, con acuerdo al axioma mencionado.*

Naturalmente lo recreaba divino, y no fue erróneo, como con el tiempo se advirtió, porque así esencialmente todo es, a semejanza de lo divino es.

Y así, el espíritu humano fue poblando su imaginación de -para la razón-alegóricas figuras representativas de todo lo que vio, de todo lo que era, es, y existe.

4

Estas figuraciones alegóricas, que para la razón en sus primeros estadios solo son quimeras, lo acompañaban constantemente, convirtiéndolas lentamente en lo que son; las formas de entendimiento de las que el espíritu humano se fue valiendo para conformar y configurar finalmente su propio mundo intelectual, (*porque a imagen y semejanza de sus creadores un mundo creó para él -n. a.-*) cubriendo así con un velo la Verdad; que es lo esencial de todo lo que es y existe, incluso él mismo.

4

(Realizó una copia del sistema que hoy llamaríamos "pirata", aunque luego, con el tiempo, se le ofreció la oportunidad de vaciarse de tal contenido pirata, y actualizarse a la versión original y/o "legal" del sistema operativo. n. a.)

Copió de la Inteligencia la *Verdad*, pero al realizarlo, no advirtió que así se quedó con solo la *semejanza de la verdad*, que fue aun más alterada al ser comprimida, para ser adaptada e instalada en el "*formato humano*".

La Luz primigenia no llegó plenamente desde entonces, hasta la consciencia del hombre devenido humano, pues se auto-expulsó así de su Edén original. No accedió más a la visión genial de las cosas, y desde ese instante, penosamente ha ido con el tiempo recuperando partes, en lo sucesivo, de su saber original.

Pero felices fueron todavía en ese entonces los espíritus humanos, si acaso mediante algún esfuerzo ingrato lograban abastecerse de otra cosa, que meros frutos amargos. Pues la Tierra que en tales tiempos principiaron a regar con sus sudores, produjo a sus iniciales intenciones sólo cardos y espinos (*por tal razón fueron necesarios maestros*).

El tiempo ha transcurrido y hoy en día, gracias al esfuerzo de muchos ancestros, nos es posible poder gradualmente desprendernos de las consecuencias de aquella etapa en donde ingresamos en la "*oscura caverna*"⁵ *. Contemplando nuestra propia historia, es posible comprender como fue que gradualmente fue surgiendo tal posibilidad concreta, al menos para la actual corriente de vida humana. Todo el secreto consiste en tratar de liberarse del apego «aunque mas no sea momentáneamente» a costumbres cognitivas que sean perniciosas para los procesos de toma de consciencia, y que fuimos contrayendo en el tiempo; para así poder intentar con un mínimo de posibilidad de éxito, el volver a ser *como niños*, («que no es lo mismo que *igual que niños*»), si es que queremos realmente entrar en el *Reino de los cielos*.

5

*Ver Platón; "El Mito de la Caverna". (n. a.)

Debemos entonces tratar de recuperar nuestra primitiva mirada. Esa asombrada e inquieta inocencia por saber y conocer. Recuperar aquella frescura de nuestras primeras impresiones puede ser posible, si momentáneamente hacemos caso omiso, «*aunque más no sea durante el interregno experimental de nuestra aventura contemplativa*», de todas las teorías previas, «*que como obstáculos epistemológicos que en verdad son, y con acuerdo a los paradigmas vigentes en cada tiempo y orden nos impiden actualizarnos cognitivamente con respecto a nuestra cuna ancestral, la de nuestros originales y primigenios conocimientos diversos.*»

Es de allí, es de la fuente inicial de nuestro saber, que podemos llegar a obtener

nociones actualizadas de una sabiduría pura y profunda.

Sin duda, que volviendo así sobre nuestros pasos, nos encontraremos primeramente con sólo las cortezas «*de variadas modalidades, maneras y formas de comprensión*» que para la razón solo constituyen la letra muerta de las llamadas por ella misma *supersticiones ancestrales*. Pero estos aparentes cadáveres, estas momias, pueden llegar a sernos útiles para evocar en nosotros aquel pensar eternamente vivo que antaño algún, «*"Alma generosa"*», comprimió en ellas, para que de tal manera fueran albergadas generación tras generación «*en algún lugar cognitivo, de los tantos pliegues existentes en las almas de los individuos*».

Entonces, es en la idea de que nada debe ser despreciado mientras no lo comprendamos, y aunque nos parezca ridículo y falso en principio, que debemos tratar de encarar el retorno a la fuente en una misión de carácter contemplativo. Tan pronto como nuestro espíritu se aboque a tratar de comprender, todo se volverá poco a poco entendible, respetable y genuino. Esforcémonos pues en discernir lo que el hombre, devenido humano, originalmente quiso decir, mientras cursaba un tiempo en que, aún inhábil para expresarse, solo balbuceaba fábulas. Es posible que nos reencontremos, en esas coyunturas primitivas e instintivas, con nociones muy útiles de considerar.

Pero el espíritu humano aun con tal decisión tomada voluntariamente, no sabría replegarse demasiado sobre él mismo, ni superar siempre todos los obstáculos que le irán surgiendo, «*a semejanza de cómo suele ocurrir en las leyendas ancestrales legadas por la antigua sabiduría*», cuando recorriendo solitariamente el ciclo de los extravíos humanos, sea asaltado por los obstáculos, «*las epistemologías actuales, enmascaradas como razones, y las de antaño, enmascaradas como demonios, monstruos y criaturas terribles de diversa orden y naturaleza, correspondientes tanto a paradigmas pasados, pero aun vigentes, como a los actuales -n. a.-*», los cuales lo frenarán convenciéndolo de que desista de su loable pero temeraria aventura, así solo pretendiese conformarse con por lo menos una verdad esencial, previamente concebida para él. Porque los seres humanos, paradójicamente, a pesar de todos sus extravíos, como etiqueta de su divino origen, aun pueden concebir desde si mismos alguna verdad esencial. Aunque de todos modos, jamás un hombre se acercará tanto a la *Verdad*, como cuando intenta volver por impulso de su corazón o del espíritu, como "*el hijo pródigo*", a su primigenio punto de partida.

(Por ello es menester en los actuales tiempos utilizar eficazmente, siempre que se exploren territorios desconocidos, el último sistema trascendente de que se disponga para la humanidad instalado y vigente en el ser humano de que se trate, el cual le permitirá siempre mantener presente ante su consciencia su identidad trascendente, como contraste eficaz ante cualquier modo, manera o forma de pensamiento, intimidante o no, que se le presente. En el caso de Occidente, este "sistema trascendente", prevaleciente, pero no el único, no es otro que el Discurso Crístico, y nótese

La Imposición de las Manos - Oswald Wirth

muy bien que decimos Discurso Crístico, es decir no lo decimos en relación con cualquier forma institucional que tal discurso haya adquirido, sino como lo que es; un discurso, en el cual de modo directo o indirecto, o mediante alegóricas representaciones y/o parábolas, se enuncia afirmando. De tal modo, podrá el interesado en la Verdad evitar perderse en laberínticos senderos de búsquedas, y lo mismo es para cualquier otro buscador que haya nacido bajo la impronta de otro discurso de carácter trascendente, sea el islámico, judío, aborigen u otros. Cada uno debe estar bien muñado de su respectiva identidad de orden trascendente, o espiritual. Todo lo demás viene solo. -n. a.-)

En cuanto al tema de nuestro interés, para convencernos, bastará con que nos figuremos mediante la imaginación lo que el arte de curar fue en sus principios. Para ello bastará trasladarse imaginariamente a una época, en la cual todavía no se conocía la botánica ni la química. Con el planteamiento a modo de premisa previa, de: ¿Cómo el hombre se esforzaba entonces por precaverse de los atentados de la enfermedad y el dolor? Pero una primera pista concreta para el logro de una respuesta eficaz nos será ofrecida sin embargo no por la imaginación sino por la observación directa de lo que sucede cada día alrededor de nosotros.

Por ejemplo; consideremos a un niño cuyo dedo acaba de ser pellizcado o golpeado. ¿Qué hace? Generalmente, instintivamente llorando lo sacude y luego se lo lleva a la boca, y con el contacto de sus labios, la tibieza de su aliento o la vitalidad del propio soplo busca aliviar su dolor. Un joven distraído, recibe un golpe en su mano e instintivamente aprieta con su sobaco las falanges doloridas y así poco a poco se recupera. ¿Nosotros mismos, no nos aplicamos la mano en la frente cuando el dolor de cabeza nos incita allí? ¿Y los dolores intestinales o los calambres de estómago, no nos obligan a recurrir a la acción instintiva y calmante de nuestras manos en tales zonas? Estos ejemplos, que se podrían multiplicar al infinito, muestran cómo el hombre reacciona espontáneamente contra el dolor sin dejarnos tiempo para reflexión alguna sobre lo que estamos haciendo en tales momentos. Nuestra mano se dirige a toda región del cuerpo vuelta de súbito dolorosamente sensible. Se puede observar en esto, desde el pensar científico (y *se lo ha hecho*) una ley de actividad puramente refleja o automática, a la cual no podemos sustraernos. El *reflejo sanitario* es de hecho una guía insoslayable para los seres que no razonan, llevándolos así a buscar en primer lugar en sí mismos el remedio contra su dolor. Pero también para los que razonan, según se puede observar.

¿No es en absoluto ello una indicación valiosa de tener en cuenta? ¿Por qué siempre buscar solo en lo apartado de nosotros, mientras que; *en nosotros* sabemos desde el sentido común que está presente, activa y brotando la *Vida*, todos los días de nuestra existencia? ¿Acaso las cosas no suceden de manera tal que, toda parte sana del cuerpo, tiende a querer participar en el logro de restablecer la salud a cualquier otra parte enferma? (*véase en medicina; sistema inmune*)

Los antiguos no tenían duda alguna a este respecto, como lo prueban sus primeras

teorías medicinales conocidas. A su visión, la enfermedad era una "*entidad hostil*", un supuesto espíritu maléfico, un soplo tóxico que se manifestaba traidoramente en el organismo, ¿y acaso los *Virus, Viroides, y Priones, etc., podemos afirmar que no lo son? ¿o no es verdad acaso que a tales agentes no se los puede clasificar todavía, como efectivamente pertenecientes absolutamente a lo que denominamos vida o forma de vida u organismo viviente, científica y biológicamente hablando? (*No siempre es posible establecer una barrera que separe estrictamente lo vivo de lo no-vivo. Ciertos agentes infecciosos, como los Virus, Viroides y Priones, no presentan las características de los seres vivos, excepto que están formados por moléculas orgánicas y que son capaces de multiplicarse siempre que se encuentran dentro de otro ser vivo. No hay acuerdo unánime entre los científicos, sobre si merecen ser considerados vivos, o si son un estadio intermedio entre lo vivo y lo inerte. -n. a.-)

La salud en cambio, aparecía ante los antiguos como una esencia divina normalmente difundida en todos los órganos, asegurando su integridad y su funcionamiento regular.

Para echar al "*demonio de la enfermedad*", creíamos en ese entonces, que solo nos bastaba con poner en contacto con él a su antagonista, (*el espíritu o ángel de la salud*) desencadenándose así una lucha, que se acababa con la victoria de lo más sobre lo mucho. Estas ideas, sugeridas por la práctica de curarse imponiendo las manos, dieron origen a las conjuraciones de la *Magia caldea*.

Los médicos babilónicos redactaban sus prescripciones sobre ladrillos, que aun descifran en nuestros días los arqueólogos y antropólogos. No era allí solo cuestión de remedios físicos; pues los dioses, en estos textos cuneiformes, eran apremiados para que protegieran al enfermo y lo librasen de sus enemigos invisibles.

En los finales del siglo XIX y aun en los principios del siglo XX, todavía los tártaros atribuían todas las enfermedades a la influencia de los malos espíritus. Para expulsarlos, recurrían a ceremonias mágicas, tildadas por la civilización de *salvajes*, cuando no de *bárbaras*, categorías que tienen tales procederes para los médicos civilizados. Pero entre los tártaros, especialmente en el campo de la *medicina natural* se los distingue antropológicamente como *chamanes*, entre los que, los bailes furibundos y los aullidos frenéticos son un proceder medicinal o terapéutico muy común para poder provocar la huída de los demonios instalados en el cuerpo del enfermo. Estas, aparentes extravagancias a los ojos doctos, solo se relacionan muy indirectamente con la medicina instintiva a la que aludimos. Ésta, en realidad debe conducir a procedimientos a la vez más simples, más racionales y más eficaces.

Por ejemplo, podemos observar sin duda que siempre, en todo tiempo, es ventajoso para el enfermo el tratar de quedarse completamente pasivo, o sea, asumirse como *paciente*, y por lo tanto *ser paciente*, y aceptar la acción terapéutica primera, (*que otro ser sapiente le brinda*) una mano que se tiende hacia la suya y tomándola se cierra sobre ella. La intervención así, de una persona sana, robusta y bien equilibrada sobre un paciente o enfermo, aporta siempre un gran complemento de vitalidad, del que puede usufructuar inmediatamente todo individuo debilitado, pues del rico al pobre de espíritu, en forma natural, y a diferencia de lo que generalmente ocurre en lo económico, se produce una transferencia vital y equilibradora de las fuerzas vitales del pobre de espíritu, que, fluyendo hacia los organismos donde la necesidad llama o pide, tiende a restaurarle el equilibrio vital. Esta acción, incidentalmente, puede quedar en lo puramente fisiológico e inconsciente de los protagonistas, muchas veces movidos a ello por el corazón, siempre y cuando ambos sean de buena voluntad recíproca, pues se produce espontáneamente, independiente de toda intervención voluntaria, intencional o razonada del operador sano. Éste, sin embargo, puede poner en juego si así lo desea, su propia energía (*ariana*) de acción intencional, pero sólo si lo trata de llevar a cabo, mediante el pensamiento elevado, la voluntaria decisión de acatar a su corazón, (*leonino*) y su *Alma* (*canceriana*).

Los sacerdotes-médicos de la antigüedad, en acuerdo con las *formas de pensamiento* vigentes en sus consciencias que sobre lo sutil tenían en ese entonces, sabían bajo este tipo de enfoque, como ponerse a tono e incluso exaltarse, según su cultura, mediante oraciones, ceremonias, ritos y encantamientos, para actuar de manera interiormente vibrante de fervor místico (*pisciano*). Sus tradiciones pasaron a los *Esenios* (del siríaco *esso*, curarse), y a los *terapeutas*, (*virginianos*) que llevaron las prácticas curativas y de sanación a un grado muy alto en el arte de la *psikurgia*.

Incluso podemos observar como *El Evangelio* se esforzó notablemente por difundir tales procedimientos curativos de la medicina natural predicando entre otras cosas, el curar por la imposición de las manos, «*conjuntamente con la palabra*» pero con acuerdo a la *Nueva Idea* surgida en ese entonces, esto es, «*El Discurso Crístico*». Nosotros, como los herederos en el tiempo del mensaje crístico, nos confundimos bastante y muy pronto, con respecto al carácter de las curaciones operadas por los primeros cristianos. «*De hecho olvidamos o no nos damos cuenta hasta hace poco, que incluso allí en el propio lugar de los acontecimientos narrados por El Evangelio, por ejemplo; en La Piscina de Betesda, donde ahora se sabe fue, -antes del Discurso Crístico-, un lugar de sanación en donde Esculapio (Sklepios), -que luego de su muerte devino en la memoria de los pueblos en "dios de la salud"-, atendía a los enfermos y sus curaciones traspasaron todos los tiempos. Se produce entonces ahí, una confluencia significativa de lo esencial, entre la antigua sabiduría*

(Sklepios) y la nueva sabiduría (Cristo). ¿Casualidad o punto de encuentro de lo esencial presente en la antigüedad remota, con lo esencial de la nueva era inaugurada por el discurso crístico, para un nuevo génesis en la consciencia humana? » (n. a.)

«Dos distintos momentos en el camino del desarrollo espiritual del individuo humano, que confluyen en lo esencial en la piscina de Betesda, la sanidad-santidad, o acaso la santa sanidad, que por definición crística práctica y concreta es el Espíritu Santo, porque lo semejante siempre busca lo semejante. Y en esa confluencia un nuevo punto de partida comienza con el surgimiento efectivo de una Nueva Idea que incluye en lo sanitario más que lo meramente corporal, al espíritu, y que además generó que multitudinariamente realmente el individuo humano comenzara a concebirse en consciencia, a sí mismo, como Hombre, es decir como espíritu. Y no por casualidad en un lugar de sanación antigua pero con un acto ahora de sanación manifiestamente integral, correspondiente y vinculado al de los realizados por Sklepios. La nueva medicina de naturaleza crística, comenzó así a operar en la criatura humana, con el fin de tornarlo en un ser sano, de Espíritu, Mente, Alma y Cuerpo, para que con tal condición comenzara a recuperar su; consciencia de ser Hombre.» (n. a.)

El milagro tenía allí, tal vez, menos parte que el que nosotros en principio nos figuramos como existente en las edades de nuestra fe ciega. Pues, para imitar a los apóstoles en su accionar de restituir a otros la salud, no era en ese entonces, indispensablemente, ser santo; sí ser sanos de intención, de mente, de Alma y de cuerpo.

Aleccionados en la *nueva idea*, por lo demás, bastaba y basta aun hoy en día, con poseer en uno mismo lo que se deseaba dar por amor al semejante, por solidaridad con el sufriente, dar y, más tarde, si era posible, llegar incluso a ser santos. Pero evidentemente, el *Discurso Cístico* suponía y supone aun, una guía esencial, más aun cuando no se es perfecto, sino en vías de serlo al menos.

«Hablando con propiedad, a estas alturas del desarrollo espiritual del hombre, o al menos de sus capacidades cognitivas actuales, se hace posible que desde el sentido común cualquiera pueda advertir si se lo propone, que la salud del cuerpo supone en verdad, una salud correspondiente de Mente, Alma y Espíritu.» (n. a.)

Pero aun así, es ciertamente increíblemente relativo, cuando de mínimo se cuenta con un noble corazón, porque el amor, aunque no lo creamos, puede abrir todas las puertas y superar todos los obstáculos. Entonces, en principio no hay que pretender

la perfección antes del accionar terapéutico, porque justamente, el camino del Hombre es un camino de perfeccionamiento. « [Ya lo dijo el poeta: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar." (Machado). Nota del actualizador.]

(Por lo tanto: "Hombre; comprende, aun no eres en el espíritu, pero te descubres en el espíritu al andar tras de sus pasos." -n. a.-)

«Mínimamente y desde el sentido común, repetimos, quien persiga interiormente, o tenga por modelo a seguir un arquetipo sano, ciertamente será sano, porque lo semejante busca lo semejante.» (n. a.-)

Ahora bien, en principio unos poseen mejor condición física que otros, cosa muy evidente, entonces, los primeros pueden siempre, si así lo sienten en su corazón, ayudar al segundo que pida. Pero siempre motivados por una solidaridad sincera por la necesidad del otro, ni que decir si está sufriendo. Esto en principio es bastante para permitirnos comprobar la manifestación de realizaciones de carácter terapéutico cual los psikurgos de antaño, toda vez que seamos llamados a ello. La medicina naturalmente solidaria, queda así potencialmente al alcance de un número muy grande de personas. Además sabemos que actualmente y desde hace ya tiempo, existen muchos que piensan así y operan así, desde distintas corrientes de pensamiento. Y como ya dijimos, exige sólo un grado muy accesible de *santidad*, esto es, de *sanidad espiritual*, no reclama por otra parte, conocimientos especialísimos.

Después de todo, no es la medicina natural la que obliga a disecar cadáveres, experimentar con animales y a retener una enorme cantidad de términos. Sin duda, no se requiere tampoco el que nos quedemos ignorantes por completo de lo alcanzado en lo medicinal o en el sistema médico-sanitario vigente; pero un poco de sentido común y de sagacidad natural, con mucho de ardor generoso y buena voluntad, pueden muchas veces conducir más lejos en el dominio de lo *psíquico* (*para llegar al morbo oculto*), antesala de toda enfermedad manifestada, que todo lo que se enseña en las escuelas de medicina. Si no, véanse todavía a esas madres, que vigentemente, más de una vez aprietan contra su pecho al ser amado amenazado de muerte por una enfermedad, que con el arranque impetuoso de su ternura amorosa, quiere darle incluso hasta su propia vida, y así, cuantas veces lo prodigioso se ha cumplido. De hecho, hay transmisión de vitalidad de una madre a su hijo y si el niño está en peligro, así, muchas veces ha sido salvado, mientras que la ciencia ya lo declaraba perdido. ¿Cuántas veces el amor maternal hizo tornar falaz el pronóstico de los profesionales médicos? Silencio, pues de eso nunca se ocupan las estadísticas científicas, salvo esfuerzos personales de individuos, que cuando lo publican son mal mirados por el club profesional médico.

Lamentablemente, somos muy cegados por una educación bastante falaz en determinados aspectos, que nos desvía en todo aquello concerniente a la sencillez natural. Tanto, que en lo sanitario, entre otras cosas, no nos permite ya concebir curación que se aparte del aparato tecnológico y discursivo profesional vigente.

Para captar nuestra confianza, a los profesionales médicos le hacen falta cúmulos de currículos, títulos y diplomas por doquier, y si cuentan con certificados de asistencia a innumerables congresos están más habilitados aun en su capacidad de prescribir tratamientos y fármacos misteriosos e incluso experimentales. Pero por sobre todo; una nota fuerte de honorarios que especifica lo mucho que hay que pagar, ahora si nuestro respeto a ellos.

Los prejuicios son tenaces. Pero algún día, paulatinamente, comenzaremos a cansarnos de tantos remedios artificiales, y comenzaremos, (*como en parte ya ocurre*) a volver nuestra mirada hacia lo natural, hacia la Naturaleza, que sola ella se cura. La ciencia de la medicina, entonces, no se atenderá más que a secundar su obra reparadora con todos sus adelantos, y volverá así, a los primeros datos de la medicina natural. Hasta ese momento, es necesario desear que los discípulos de Hipócrates se muestren menos pródigos en recetar. Pues podemos curarnos por medios mucho más inofensivos, sin prescribir de manera absoluta tantas medicinas a veces muy peligrosas, que conviene por lo menos reservarlas como última opción (*veneno contra veneno*). Lo natural debería tener prioridad de paso sobre todos los instrumentos y fármacos de la medicina oficial. Y cuando por fin la medicina entre en esta vía, ella misma le reservará un sitio muy grande a la *psicología médica* y ningún aspirante a médico soñará más, con buscar resolver su vida económica y social, a expensas de la explotación de los enfermos, que de tal modo, solo desprestigia a la medicina, convirtiéndola en una ciencia nefasta, explotada por proveedores de la muerte.

CAPITULO II

PRIMEROS ENSAYOS

Una lectura atractiva. Experiencia en el colegio. Comprobaciones repetidas. Al cabo de fluido. Consideraciones impuestas por la adolescencia.

Cuando ocurrió que hablé de *magnetismo*, jamás me dejaron de inquirir sobre el modo en el que la idea me vino. Para satisfacer bajo este informe tal curiosidad legítima, con gusto me trasladaré en el tiempo a mi decimocuarto año. Estaba yo entonces en el colegio, en la continuación alemana, entre padres valientes benedictinos, que ponían a disposición de sus alumnos una biblioteca bastante completa. Lo que llamamos azar o destino, me hizo descubrir allí, en una colección periódica, un relato titulado: *Der Wunderdoctor*, (*El Doctor de los milagros*).

Mi inteligencia que creía iba a estar en presencia de una obra exenta de imaginación, y plena de racionalidad, se sintió sorprendida al encontrarse con tanta aparente fantasía, o desborde imaginario bajo justamente una pluma germánica. A mí, por parte de un autor francés, ninguna imaginación me hubiera parecido demasiado exagerada; pero cuando en mi mente comencé a ver tantos espíritus del intelecto, de razonamientos macizos, estos me generaron sospechas de la verdad que sirve de trama al relato que me había maravillado.

El texto trataba sobre curas sorprendentes, operadas por una fuerza que supuestamente era susceptible de ser emitida por nuestros cuerpos bajo el impulso de la voluntad. La teoría misma no me pareció del todo irracional. ¿Por qué los hechos deberían desmentirla? Dando crédito a las reflexiones no tardé en divisar la posibilidad de la existencia de toda una ciencia ignorada de nuestros profesores. En mi calidad de cangrejo de mar incorregible, me eché a rumiar algún desquite secreto. ¡Conocer cosas misteriosas que no figuran en el programa de nuestras clases, poder demostrarlo, incluso por sobre ciertos puntos de vista de hombres de ciencia! Resultó en un gran sueño imaginativo para un alumno perezoso. ¿Pero habría un fondo de verdad en la historia de este *magnetizador*, expuesto por el escritor alemán? En ello hay que pensar, en particular en una nota final, donde se indicaba sumariamente los procedimientos que se debían poner en ejecución para poder curarse por el *magnetismo*. El autor pretendía, por lo demás, que el don de los pseudos-milagros era de los más comunes, y alentaba a toda persona sana y vigorosa, a que intentara la

experiencia. Resolví entonces tener mente racional y corazón nítido.

La misma tarde, después de un caliente día de junio, conversaba yo en un aparte, con uno de mis compañeros. Fue llamada mi atención, porque un mosquito a él le había picado en la pierna y no dejaba de rascarse. Esto me hizo recordar el asunto del método curativo en el que me había interesado. Vi rápidamente la ocasión de probarlo y con un cierto aire a misterio, le propuse a mi amigo tratarle la picadura por medio de un “*secreto terapéutico*”.

Mi amigo, muy intrigado, se puso a mi disposición y me mostró sobre su pantorrilla una pequeña mancha pálida, ampliamente aureolada por un color rojo. El piquete del mosquito era insignificante, y para obtener un éxito de ello, podía contentarme con considerarme ser un brujito pequeño. Lleno de seguridad, atacé el piquete psicológicamente, o sea, con mi voluntad de sanar en mí, y con las puntas de los dedos de mi mano derecha lo manifesté concretamente en hecho, rozando apenas con ellos la piel aureolada de mi amigo. Mientras, mi mano izquierda apretaba la palma de mi compañero, exactamente con el grado de fuerza que consideré requerido para provocar en mí brazo una contracción ligera y nerviosa. Estábamos de rodillas sobre el césped, uno frente al otro. Y la consigna era mirarse mutuamente y fijamente en los ojos, con la voluntad firme de una parte de ser curado, y la otra de actuar en taumaturgo. Al cabo de dos minutos, este accionar inocente fue interrumpido. Mi amigo pretendía no sentir nada más. Yo creí primero que el intentaba desmitificar el evento. Luego, que podía ser, por otra parte, sólo una intermitencia fortuita. Pero mi compañero no lo entendía así. Él, había sentido algo anormal pasar en él; mi “*secreto terapéutico*” consideré, había producido su efecto. “¡Y la prueba, dijo, he aquí!”

Diciendo esto, me hizo él examinar el cuadro de irritación, que efectivamente, no presentaba más del todo el mismo aspecto. No subsistía más que un poco de color rojo uniforme; en cuanto a la pequeña ampolla de la piel blanca central, completamente había desaparecido.

De resultas de ello, fui puesto interiormente en movimiento reflexivo. ¿Esto sería verdad? ¿Habría pues una realidad en estas cosas escondidas, muy de otros modos interesantes que aquellas quiénes nos inculcan con gran refuerzo de amenazas y de castigos? ¡Oh! ¡Mis maestros excelentes, si es una ciencia que usted no conoce, es aquella a la que me aplicaré! Saber lo que todo el mundo sabe, esto no es estupendo. ¡Pero lo desconocido, lo misterioso, cuantos atractivos para una imaginación viva! Todo esto era muy bello; ¿pero no era yo engañado por alguna ilusión? ¿Conseguiría repetir la experiencia?

Trataba en mí de ser razonable sobre este evento. ¡Si hubiera entre los alumnos

alguien para experimentar un poco! ... Y exactamente, apareció uno de nuestros compañeros con la mano vendada. Resultó que; en el curso de un paseo, coleccionando coleópteros, rozó con ortigas y la sensación de quemadura le quedó bastante viva. Le ofrecí mis servicios, y aceptó, y obré como la primera vez, con el mismo éxito.

Más dudas en lo sucesivo: ¡soy brujo! ¿Saco provecho de eso para disipar dolores de cabeza, los dolores de dientes y toda una serie de pequeños malestares? Cada vez, me imponía que el resultado debía ser obtenido en dos o tres minutos; en caso de fracaso, no soñaba con empezar de nuevo: me hacían falta curaciones instantáneas. Podía así tal vez tener razón sólo de desórdenes absolutamente superficiales o poco profundos que no resistían a mi procedimiento. De pronto, fue con los ojos, que percibí en mí el indicio de un agotamiento interior. Sentí que había mermado mi vigor natural lo que me indicó que tenía que dejar que mi cuerpo descansara y se recuperara naturalmente. Luego atravesaba por una fase de crecimiento que no era muy propicia para los ejercicios de gimnasia nerviosa terapéutica precisamente. Pues el organismo debe terminar de reconstruirse, en cuanto a lo energético antes de poder disponer sin inconvenientes de sus energías latentes. De buen grado, de mal grado, debí así resignarme a darle pausas largas al ejercicio de mi "*poder oculto*". Pero el grano en mí fue sembrado; me quedaba una convicción: la realidad del *magnetismo*.

CAPITULO III

MIS INICIADORES

Las aventuras de Cagliostro. Baron du Potet. Adolphe Didier. El aura magnética. Las ventajas de la sensibilidad. El vegetarianismo. El ayuno.

Siendo dado en mis disposiciones de ánimo, a tomar por ciertas las lecturas concebidas para mi interés por lo curativo y maravilloso. José Bálsamo (*Cagliostro*), necesariamente debía impresionarme. Pero la novela de Alejandro Dumas me sugirió ideas bastante descabelladas. Me hizo contemplar la posibilidad de que el don de curar fuera transmisible por vía de alguna investidura oculta. Me imaginaba que era imposible ser magnetizador (*ser sanador*) por la sola voluntad de uno mismo, sin haber sido iniciado por un *Adepto*. Imaginaba una especie de sacerdocio que se perpetuaba por medio de una consagración especial, y por el efecto de una suerte de *sacramento mágico*. Estas concepciones, poco racionalistas, pronto poco a poco fueron confinadas al campo de mi imaginería infantil, pero no totalmente. Hecho ya espíritu fuerte, no quise saber más nada, excepto lo concerniente al hecho de la existencia del "*magnetismo natural*", una especie de "*agente*" presente en la naturaleza, del que cada individuo autoconsciente puede hacer de aplicación voluntaria con tal que conozca las leyes. Consideré entonces que era muy importante instruirme en todo los sentidos racionales y saber acerca de las personas experimentadas en el tema: colegí que era allí, en lo racional, donde podría lograr alcanzar toda la iniciación a la cual podía yo aspirar concretamente.

Entonces, encontrándome en París hacia el fin de 1879, me enteré sobre la fundación de una *sociedad magneto-terapéutica*, bajo la presidencia del *Barón du Potet*.

Me inscribí en ella, prometiéndome a mismo seguir con asiduidad y suma atención las sesiones que se consideraban como altamente instructivas. Pero súbitamente tuve que irme a Inglaterra.

Lo cual fue para mí fue un contratiempo amargo, porque lo poco que acababa de enterarme, me había estimulado en lo más vivo de mi curiosidad ardiente. No mordemos el fruto del árbol de las ciencias misteriosas sin perder todo descanso y arder en lo sucesivo en la sed de lo desconocido.

Desde mi llegada a Londres me puse a buscar un magnetizador, y así, me hicieron saber de *Adolphe Didier*, hermano del famoso *Alexis*, célebre bajo el segundo imperio por su *lucidez sonámbula*. Adolphe parecía provenir de una familia con una organización sensitiva hereditaria de extrema delicadeza. En su caso, él llegaba a percibir al tacto la *atmósfera magnética* de la que los objetos son rodeados. Didier se prestaba, en efecto, a la experiencia siguiente: En ausencia del sensitivo, escogíamos sobre los secciones de una biblioteca un libro, que manteníamos en nuestras manos un instante con la intención de magnetizarlo. Luego habiendo repuesto el volumen a su lugar era hecho ingresar Didier. Veíamos a éste cerrar los ojos y lentamente pasar la mano por delante de los libros, sin tocarlos. El volumen magnetizado era reconocido así sin vacilación. Didier se había basado en su sensibilidad para desarrollar un método de auscultación de enfermos. Paseaba su mano por delante de los diferentes órganos de un enfermo percibiendo así las anomalías del "*brillo vital*", y llegaba de tal modo a una diagnosis, que el declaraba infalible, en cuanto a la acción magnética a ejercer. Ésta se adaptaba rigurosamente a las variables exigencias de cada caso particular. Didier no se contentaba con acumular alrededor de un enfermo una gran carga de *energía vital* de alto nivel. Su procedimiento pretendía compensar juiciosamente las pérdidas del organismo, y no tenía el procedimiento nada de arbitrario o de violento. Sostenía que: *la Naturaleza guía al que sabe sentir*. El operador, debe desarrollar su sensibilidad, con el fin de actuar con discernimiento, lo que le permite así, cubrir las necesidades terapéuticas exactas del enfermo.

Yo no logré con Didier más que tener un entretenimiento, pero me bastó para darme cuenta y entender, todo el valor de sus principios, después, no dejé de ingeniármelas para darles cumplimiento. Comprendí que para abordar con éxito la práctica de *la medicina natural* es muy importante no actuar ciegamente. *La Naturaleza* pide ser secundada con docilidad, y es con el fin de estar en condiciones de asociarse escrupulosamente con sus empresas que es ventajoso lograr sentidos más refinados. ¿Pero por cuál entrenamiento nuestras percepciones pueden ser llevadas a un grado más alto de agudeza?

Había pensado en alabar bajo este informe las ventajas del régimen vegetariano. Sus partidarios afirman que ejerce una influencia equilibrante sobre el sistema nervioso suprimiendo toda excitación y fatiga. La carne está a sus ojos considerada un excitante, que momentáneamente exalta la motricidad a costa de la delicadeza sensitiva. En forma práctica quise darme cuenta del valor de estas teorías. Cuidándome de realizarlo mediante algunas transiciones llegué a acostumbrarme muy rápidamente al régimen exclusivo de los frutos, las verduras y del producto lácteo. Quedó de eso en primer lugar para mí una igualdad mucho más grande de humor: me encontré curado de toda irritabilidad e impaciencia; la cólera, la tristeza y

la ansiedad habían huido.

Despreocupado y alegre todo se me presentaba bello; acababa de adquirir un temperamento a la vez de artista y de filósofo. Las armonías de la naturaleza o de las obras de arte me proporcionaban un goce exquisito. Lo espiritual, por otra parte, parecía haber aumentado su influencia sobre mi cuerpo, sintiéndome como elevado por encima de la animalidad, y me hubiera tornado en un hombre más digno. Estas comprobaciones sensoriales, me parecieron justificar la disciplina de *Pitágoras* (sabemos que este filósofo les prescribía a sus discípulos una dieta destinada a favorecer el vuelo del pensamiento y la lucidez del juicio); pero mi ambición todavía no fue satisfecha.

El ayuno, me enteré, desempeñó un papel importante en la antigua *psikurgia*; había pues que experimentarlo. Me dediqué a racionarme progresivamente, y llegué por ello a poder contentarme con un fruto y algunas rebanadas de pan por veinticuatro horas.

Durante diez días pude de tal modo proseguir el curso acostumbrado de mis actividades, sin sufrir hambre. Por la mañana y por la tarde tenía que hacer un trayecto de una legua; entonces, aunque privado de toda energía muscular habitual, marchaba sin cansancio, como si no hubiera pesado nada. Mi pensamiento era muy activo, pero me costaba el hablar: fui así inclinándome al sueño y a la contemplación. Las experiencias de este tipo pueden ser excelentes desde el punto de vista de la flexibilidad del *sistema nervioso*, pero no hay que engañarse con eso. Porque no sin alguna razón mi entorno social inmediato se alarmó. Me hicieron las amonestaciones más prudentes para que me comprometiera a vivir como todo el mundo; pero apenas estuve yo dispuesto a rendirme a los argumentos de la lógica corriente.

CAPITULO IV

PRINCIPIOS PRÁCTICOS

El regimiento. Curaciones de cuartel. Primera cura importante. Un tumor maligno. Éxito inesperado. Hemorragias derivatrices.

Pero finalmente mis excentricidades británicas se acabaron con mi salida para el servicio militar. En el cuartel yo mismo debí renunciar a las especulaciones transcendentales y a las experiencias hechas. En cambio, me encontré allí con la ocasión, desde los primeros días, de hacer una pausa en *taumaturgia*. Aunque no duró mucho pues uno de los hombres de mi dormitorio comenzó a sufrir de un severo dolor de muelas, lo que me llevó a ofrecirme para intentar curarlo a lo cual accedió inmediatamente. Mientras que yo comenzaba a realizar pases magnéticos a lo largo de su mandíbula, sin contacto, los asistentes que formaban círculo alrededor nuestro, se echaron a reír, pues lo tomaban por una farsa de Parisino. El paciente mismo participaba de la hilaridad general. Debiendo este, hacer un gran esfuerzo para serenarse, cuando al cabo de algunos minutos, interrumpí mi accionar terapéutico para informarme sobre sus sensaciones. Lo vimos entonces palparse la mejilla con aturdimiento. Fue esto la señal para que los asistentes redoblaran las bromas. Pero el soldado se había vuelto serio y con un tono acentuadamente convencido exclamó de repente: “¡Vos tenéis como bella risa! ... ¡Lo más gracioso, es que ya no tengo dolor!”

Este sorpresivo resultado, hizo que inmediatamente fuera yo considerado como un tipo raro. Por otra parte, mi delgadez excesiva y mi fisonomía energética, contribuyeron a impresionar a mis nuevos compañeros. Me consideraron como a un dotado de alguna fuerza sobrenatural. Sacando entonces provecho de mi prestigio, me paseaba en las tardes por las habitaciones sanitarias para "magnetizar" a los enfermos. Cada vez, obtenía por lo menos un alivio notable. Pronto mi reputación fue tan bien establecida que se habituó en la compañía el enviarme a todos los que se quejaban del menor de los malestares. Era entonces siempre la misma canción muy oída: “Vaya a ver al brujo de la primera escuadra, que le quitará esto con la mano”.

Sin embargo, no quedamos por mucho tiempo como profetas a ante los ojos de los que nos ven de cerca cotidianamente. A recuperaciones diversas fui engañado por enfermos falsos, que solo procuraban divertirse a mis costas. Y otros, lejos de querer

ser curados me pedían más bien agravar su estado, con el fin de ser reconocidos (para tareas livianas) con más seguridad, al día siguiente al pasar la revista. Todo esto no era de una naturaleza que a mí me animara, y así, fui renunciando poco a poco a "magnetizar" en condiciones tan lastimosas.

Estaba yo paseándome sólo una tarde por los accesos de la ciudad, a los cuales había venido para perder de vista momentáneamente el magnetismo, cuando fui conmovido por un joven que, puesto en cuclillas delante de una casucha, no dejaba de gemir. El chico sufría de un tumor articular de la rodilla. El dolor, ya de muy antiguo, había resistido a tratamientos largos realizados en hospitales diversos. Y a pesar de los cuidados más brillantes, el estado del enfermo iba empeorándose.

Estaba bajo el golpe de una crisis violenta que lo privaba de sueño desde hacía tres días. Este último detalle me hizo concebir ciertas esperanzas en la eficacia de mi intervención, pareciéndome en principio presuntuoso que ahí considerara yo la posibilidad de una curación, justamente donde las eminencias médicas habían confesado su impotencia; pero consideré que al menos podría ser posible, el intentar aplacar transitoriamente su dolor y proporcionarle de tal manera, al menos un descanso. Los padres se apresuraron a aceptar las ofertas que hice en este sentido.

(Los principiantes faltos de confianza en sí mismos; todavía no saben que los resultados más considerables pueden ser debidos a medios que parecen insignificantes. La calma indiferente y la perfecta serenidad de Alma son para el magnetizador los elementos más preciosos para el eficaz ejercicio de su actividad. Esto tan verdad es, que basta a veces con considerarse poseedor de una cualidad extraordinaria para poseerla en realidad. Tendríamos la culpa de denegar toda eficacia curativa a los "secretos" que se transmiten con misterio los campesinos. Individuos, a quienes se inculca la convicción de que adquirieron poderes mágicos, son encomendados para que cumplan con hechos de efectiva taumaturgia. Ciertas ceremonias burlescas mismas, no son siempre inofensivas o ingenuamente ridículas como parecen.)

En presencia de un caso tan grave, consideré necesario desplegar una energía vehemente. Concentré enérgicamente toda mi voluntad para ejecutar los primeros pasos a lo largo de la pierna enferma. En seguida el paciente se echó a gritar, y sin embargo yo no le tocaba. Esta prueba de sensibilidad me dio a entender el error por mi cometido entonces. Había atacado el dolor con una suerte de frenesí, mientras que en todos los casos, es importante comenzar siempre gradualmente y con dulzura, y no correr nunca el riesgo de intervenir con todo el vigor del que uno se crea capaz. La sesión fue muy corta. Los dolores agudos, que yo había provocado, obligaron al

enfermo a acostarse. Pero al día siguiente, me informaron que una mejoría sensible había sobrevenido después de mi salida. Que la noche había sido tranquila; pero el descanso completo recién fue obtenido como consecuencia de la segunda sesión. Concebí entonces un fuerte entusiasmo en mí, ante la presencia de este resultado. Cada tarde acudía a magnetizar a mi joven incapacitado, cuyos dolores se fueron calmando rápidamente. Parecía renacer él, a una nueva vida. Sus fuerzas volvieron; su aspecto enfurruñado, su humor huraño, dejaron poco a poco paso a un aire de regocijo como no era antes en él reconocible.

La salud general fue restablecida así en el espacio de ocho días. Pudimos comprobar luego una remisión progresiva del tumor, al mismo tiempo que las hemorragias nasales que le sobrevenían a intervalos regulares fueron amenguando. Al respecto nunca hice nada para detener estas hemorragias nasales que, lejos de debilitar al convaleciente, le proporcionaban cada vez más, una sensación de bienestar. Por otra parte, jamás él había gozado antes de un apetito tan excelente. El magnetismo normalizaba rápidamente todas las funciones orgánicas de su cuerpo y estimulaba en particular los cambios nutritivos. La sangre se fue renovando así, y las hemorragias tuvieron sin duda que ver en cuanto a la eliminación de los elementos mórbidos y/o tóxicos. Las hemorragias no cesaron, hasta que su organismo hubo alcanzado un restablecimiento perfecto al cabo de cerca de dos meses. El tumor no dejó rastros, y el joven, aunque quedando débil de temperamento, no tuvo que quejarse más de su rodilla.

CAPÍTULO V

LOS ENFERMOS

La receptividad magnética. Sus grados. La polaridad. Paciencia, simpatía, confianza. La acumulación insensible de las fuerzas transmitidas. La virtud curativa que se siente sacar de sí.

Mientras obtuve con el *magnetismo* sólo resultados insignificantes, no me consideré a mi mismo como capaz de curas importantes. Tampoco cuando me vi apto para prestar servicios inesperados, pero si comencé a ser consciente de mis deberes nuevos que ciertamente entendí que me incumbían.

En principio se trataba para mí, de sacar partido de "mis facultades" con el fin de aplicarlas sobre el alivio del número más grande y posible de enfermos con fines de estudio para mí comprensión del fenómeno. Fue con este fin que me puse en relación con personas diversas de la ciudad, a las que se me señaló como interesadas por el *magnetismo*. Estos me hicieron así conocer a enfermos cuyo tratamiento yo emprendía. Mejorías sensibles y definitivas sobrevenían bastante a menudo; pero el éxito estaba lejos de responder siempre a mis esperanzas. A veces, el mejoramiento sólo era momentáneo y como ilusorio. Otras veces los progresos se hacían esperar, y los mismos enfermos parecían muchas veces radicalmente refractarios a toda acción. A estos últimos los percibí en mí como naturalezas cerradas, mientras que las personas fácilmente "*magnetizables*" las percibía en mí como naturalezas abiertas. Éstas manifestaban una suerte de "*afinidad magnética*", como atrayendo a los *efluvios vitales*, y la corriente se establecía así, *del magnetizador al magnetizado*. No había pues motivo para apenarme de nada, el equilibrio orgánico se restablecía prontamente, y era un placer el cuidar a enfermos semejantes. Con ellos jamás había de que desesperar, aun hasta en los casos más graves, sentía que solo me topaba con desórdenes menores que con los de *naturalezas refractarias*.

En *magnetismo* el éxito me pareció depender, más tarde, mucho menos del tipo de enfermedad, que de la *condición anímica* interna del enfermo. La misma afección será curada en uno y podrá resistirse al tratamiento aplicado en la otra, y a todos los esfuerzos del *magnetizador*. (*Cuando un enfermo no desea ser curado o curarse, es inútil cuanto se haga.* [Nota del hermeneuta]).

En cuanto a los *signos exteriores* que indicarían a primera vista una accesibilidad

más o menos grande a la influencia del "*magnetismo*", en vano las busqué hasta aquí. Todas mis tentativas de sistematización fueron derribadas por los hechos. Personas que yo me figuraba previamente que serían refractarias, se mostraron accesibles al comenzar a operar en ellas, e inversamente, no obtuve nada, a veces, en quienes había previamente considerado a la inversa, mientras que en otras, había ya triunfado por anticipado. Lo más sabio considero entonces, es pronunciarse sólo después del *ensayo terapéutico*.

Para explicar las diferencias de accesibilidad a la acción del *magnetismo* yo me supuse la existencia de polaridades contrarias, análogas a las de la electricidad o del imán: "*Un magnetizador positivo ejercería entonces su máximo de influencia sobre un sujeto negativo, y al contrario, su acción sería rechazada, en caso de que el enfermo mismo fuera positivo. Le haría falta entonces al enfermo un operador negativo.*"

Sin embargo, esta hipótesis no debe ser tomada nunca al pie de la letra, pues las sistematizaciones suelen ser siempre peligrosas, y esto muy particularmente en lo concerniente a la cura por la imposición de manos en los pacientes o en el considerado *magnetismo*. Así es como hay, por ejemplo, exageración manifiesta en la "*teoría de la polaridad humana*". Que dice que; con sus ojos, el lado izquierdo del cuerpo, es polarizado en sentido opuesto al lado derecho, y que ambas manos ejercen en magnetismo una acción contraria. Jamás comprobé nada semejante. Siempre me serví alternativamente de ambas manos, sin observar diferencia en los efectos producidos. Esto me lleva a temer que ciertos experimentadores se hayan engañado a sí mismos por condiciones inconscientemente creadas por ellos mismos; porque en el dominio de la sugerencia, muchas veces el operador provoca lo que imagina. Lo que es seguro, si, es que factores hasta aquí indefinibles juegan en *magnetismo* un papel preponderante. Sin que se pueda discernir la causa, vemos a un *magnetizador* tener éxito, a menudo allí donde otro acaba de fracasar. Pero conviene, por otra parte, no desanimarse demasiado rápidamente cuando los efectos se hacen esperar. A veces, se manifiestan sólo a la larga, después de semanas o hasta meses de preparación sorda. Lo mejor sobreviene entonces precipitadamente.

Por cierto que lo ideal y esencial, es que no hubiere nunca entre *magnetizador* y enfermo ninguna antipatía. El enfermo debe poder entregarse a la acción sin ningún temor ni restricción. No es indispensable que tenga fe en el tratamiento propiamente dicho, (pero si por lo menos confianza en el operador), sino que no debe mostrarse al tratamiento sistemáticamente hostil. Esto es necesario, sobre todo cuando los progresos exigen un tratamiento de aliento largo. Le incumbe entonces al *operador terapéutico* alentar o promover la paciencia de los enfermos que reclaman curaciones

súbitas. Lo que pasa en el paciente, durante el curso de las sesiones, debe permitirle reconocer al *operador*, si ejerce, sí o no, una acción efectiva y eficaz.

Somos generalmente advertidos por una sensación particular de ser sustraídos por una "fuerza nerviosa" que nos hace su objeto. Es este un indicio cierto de que no se está operando inútilmente. El resultado final entonces es tanto más satisfactorio cuanto más largamente se hizo esperar. Creo que es muy bueno recordar en cuanto a esta sensación particular, el pasaje que sigue del *Capítulo V de San Marcos*: *“Ahora, una mujer, que tenía una hemorragia desde hace doce años, y que había sufrido mucho en las manos de varios médicos, y había gastado todo su bien, sin haber aprovechado nada, pero más bien había venido empeorándose, habiendo oído hablar de Jesús, vino entre la muchedumbre por detrás y tocó su ropa. Porque pensaba: «Si toco solamente sus ropas, seré curada». Y en ese momento del toque la hemorragia se detuvo; y ella sintió en su cuerpo que fue sanada de su flagelo.”*

“Enseguida Jesús reconoció la virtud que emergió de él y se volvió hacia la muchedumbre, diciendo: ¿quién tocó mis ropas? “Y sus discípulos le dijeron: ves que la muchedumbre te aprieta, y dices: ¿quién me tocó?”

“Pero continuaba Jesús mirando por todos lados, para ver al que había hecho esto”.

“Entonces, la mujer, embargada de temor y toda temblorosa, sabiendo lo que había sido hecho en su persona, vino y se echó a sus pies, y le declaró toda la verdad.”

“Y Jesús le dijo: hija mía, tu fe te salvó; vete de aquí en paz, y sé curada en tu flagelo.”

CAPITULO VI

EL SUEÑO PROVOCADO

Un cabo magnetizado por autoridad. Adormecido súbitamente. Accidente. Letargo. Despertar. La brujería. Sueño sólo con curar.

Los cuidados consagrados a los enfermos de la ciudad me habían hecho descuidar a mi primera clientela militar. Una tarde sin embargo, fui hecho *yo magnetizador* de un cabo, un contable que pretextaba tener un cansancio de los ojos para interrumpir su trabajo.

En realidad, él no tenía ganas de someterse a mis prácticas, y después de haber puesto en duda su eficacia, las supuso de un carácter diabólico, o por lo menos peligroso. Ya costándome por ello un poco el poder calmarlo, y sin llegar a convencerlo del todo, cedió sólo ante la presión del furriel, que lo apremió o por dejarse magnetizar o de ponerse al día inmediatamente con sus escrituras.

El Sr. he aquí entonces, que pues se opera. Comienzo por tener las manos del paciente que había hecho sentar frente a mí, a caballo sobre un banco. Esta postura simple provoca a veces una sensación ligera de hormigueo en los brazos. Por causa de que el cabo no experimentara nada semejante, me hizo creer que me encontraba con un sujeto de primera sensibilidad. Consideré que provocándole alguna sensación anormal, podría con ello persuadirlo, a él y a sus asistentes de la realidad del *magnetismo*. Con este fin dirigí la acción de una de mis manos sobre los ojos, pensando en hacerle sentir allí algo. Pero el sujeto continuó no experimentando nada, y tomó nota de este fracaso a favor de su escepticismo, que la asistencia se mostró dispuesta a compartir. Esto me contrarió y me incitó interiormente a proyectar toda mi fuerza nerviosa sobre los párpados del cabo, al que le había recomendado cerrar un instante los ojos.

Durante una veintena de segundos mantuve así mis diez dedos febrilmente asestados, cuando de pronto vi al sujeto levantarse. Creí yo que, no sintiendo decididamente nada, quería sustraerse a lo que consideraba como un chiste. Así que como tenía la cara en la sombra, no observé, que levantándose el cabo, conservaba los ojos cerrados. Grande fue pues mi sorpresa cuando, apenas levantado, lo vi tropezar para caer pesadamente sobre el suelo. Cada uno de los asistentes, entonces, se precipitó en

socorro del infortunado que quedó postrado, absolutamente inmóvil. Para colmo, en su caída había chocado con un recipiente lleno de crema para el calzado. Inerte, con la cara embadurnada de negro y de sangre, el cabo presentaba un espectáculo sorprendente.

Los escribas de la oficina perdieron la cabeza. Esta vez estuvieron convencidos de la realidad del *magnetismo*. Pálidos como muertos, unos quedaban petrificados, otros quisieron correr para buscar al médico-mayor. Afortunadamente al cabo de unos instantes los retuve, luego al que me ayudaba a levantar al herido, le hice airear y aportar agua. La cara del cabo, siempre desvanecida, cuidadosamente fue lavada y limpiada. Echaba sangre por las narices, pero la lesión no tenía ninguna gravedad. Sin embargo, a pesar del agua fría y los cuidados ordinarios, el letargo persistía en él. La fisonomía del sujeto era muy tranquilizadora por otra parte: se expresaba en ella la despreocupación más perfecta, y lo habría dejado dormir así, si no hubiese sido por la inquietud de los asistentes.

Algunos pases transversales enérgicos, lo trajeron rápidamente a la lucidez ordinaria. El cabo abrió entonces los ojos asombrados; luego aspiró y preguntó quién le dio un puñetazo en la nariz.

Solo el temor generalizado impidió la risa por esta pregunta inesperada. Le contamos lo que pasó. Pero la víctima del accidente quiso ver en el relato no más que una historia “de dormirse de pie”. “No se esfuercen ni procuren hacerme creer engaños. Sé muy bien que tuve sólo un segundo de deslumbramiento, y que abrí los ojos inmediatamente después haberlos cerrado”. Lo que si le parecía de lo más inexplicable, era no estar sentado más, en el mismo sentido que antes, en el banco. Cuando luego el cabo, obligadamente tuvo que aceptar las cosas como en realidad sucedieron, me convertí para él en un objeto de terror. No había ni que soñar con proponerle una nueva experiencia. Estaba convencido que en sus ojos había operado un agente del infierno y con satisfacción me hubiera visto ser quemado como un brujo.

La moraleja de esta aventura, es que estrictamente hay que prohibirse obrar para la galería. Cuando se trata de curar, no hay que preocuparse de otra cosa. La propaganda o el espectáculo no es el asunto del *terapeuta*. Poco importa si se cree o no en el *magnetismo*. Solo se debe pensar en *el bien del enfermo*, sin preocuparse jamás “si tiene o no que sentir algo”. Las puerilidades pueden igualmente provocar accidentes, y en todo caso son indignas de un operador que debe actuar sólo en calidad de intérprete y en calidad de ministro de la naturaleza.

CAPITULO VII

OTRO GÉNERO DE SUEÑO

Numerosas experiencias. Sesión mundana. Un abogado prolijo. Manera original de silenciarlo. Adormecido por sorpresa. Papel posible de la sugestión.

El asunto del cabo adormecido causó sensación en el cuartel. Se vieron obligados a atribuirme una fuerza temible. Muchos creyeron que por un acto de simple voluntad mía me era lícito el negar lo ocurrido al cabo. Mis denegaciones para con este sujeto me hicieron de allí en adelante sólo más sospechoso, también fue un momento en que no se me acercaban con aprensión.

Por espíritu de contradicción y un tanto como por bravata, surgieron sin embargo cantidad de individuos que venían para ofrecerse como conejillos de Indias. El sueño se obtenía con ellos cerca de una vez sobre tres; pero no es en absoluto allí un ensayo general medio, porque el hecho de sufrir la fascinación de lo maravilloso denota alguna predisposición especial. Además, los fenómenos producidos eran sólo de un interés muy mediocre. Buscaba yo la *lucidez sonámbula*, pero obtenía tan sólo un estado de sopor, con contracciones e insensibilidad.

Uno de mis amigos, muy hábil para el manejo de la sugestión, había sido más feliz con sus *experiencias de magnetismo*. Fascinaba muy fácilmente a uno de sus artilleros y le hacía ejecutar las cosas más sorprendentes. Entre nosotros fue validado de obrar una tarde en un salón, delante de los invitados de un oficial. Experiencias muy hábilmente conducidas pronto hubieron maravillado a la asistencia.

Fue entonces que un abogado del Consejo de Guerra, se hizo eco del entusiasmo general. Pero su elocuencia se mostró demasiado inagotable. Hubo que pensar en cómo refrenar su ardor oratorio, y no encontramos nada mejor que proponerle adormecerlo. El locuaz narrador pretendió que esto no sería posible y hubo entonces que demostrárselo dejando actuar a mi amigo. Tuvimos así un momento de tregua; pero a pesar de los pases y las proyecciones de "*fluido*", el abogado se mantuvo despierto. Esto fue para él un triunfo, del que abusó volviendo a sus peroratas con una redoblada inspiración. ¿Cómo en lo sucesivo detenerlo?

Con el fin de tener éxito, le ofrecí, no de provocarle el sueño, pues esto acababa de ser reconocido como imposible, pero sí de probarle la manifestación de algún efecto innegable de la acción magnética, estando el sujeto en estado pleno de consciencia.

Este modo de abordar *la cuestión del magnetismo* presentaba una ventaja doble: por un lado calmaba al abogado, y por otro cuidaba que su amor propio quedara a salvo. Así pues, de muy buen grado fue que se prestó a un nuevo ensayo. Habiendo establecido yo, el informarme por las manos, según mi costumbre, le hice algunos pases en la región del epigastrio. Fue entonces que la región del pecho me pareció más atractiva; mis dedos ligeramente se crispaban sobre el trayecto de sus vías respiratorias. Lo que era a mis ojos el indicio de una irritación. Tan pronto como él hubo oído mi diagnóstico, el incorregible orador se apresuró a confirmarlo, disertando con énfasis sobre la bronquitis crónica de la que sufría desde hace muchos años. Era verdaderamente singular que hubiera podido descubrir su mal así, por un procedimiento de auscultación que casi toca al prodigio. Y él alegó por su parte, que prosiguiera cada vez más. Pero obtener el silencio necesario en el lugar, se volvió en lo sucesivo muy difícil.

Sin embargo un gran paso fue dado y con ello algo muy importante conquistado. Ganar la confianza del paciente. Mis pases le proporcionaban una sensación de ser bien tratado, de bienestar anímico, por lo cual le pedí que voluntariamente se entregase. Lo hizo así, aunque una somnolencia dulce vino a invadirlo poco a poco. Perdió entonces su locuacidad, tornándose finalmente en silencioso, y luego oímos tan solo sus ronquidos rítmicos. Este sonido, calurosamente fue aplaudido. Pero el excelente hombre puso la cumbre en la alegría reinante cuando, habiendo sido despertado, pretendió no haber dormido nunca.

Así, como en el caso narrado en el capítulo precedente, se trata aquí de un *sueño artificial*, es decir, *no natural sino inducido*.

Pero en un caso, la acción directamente había sido concentrada en el cerebro, manifestándose de ello un sueño instantáneo, profundo y representante de todos los caracteres de un disturbio mórbido. En el segundo caso, la manera de obrar había producido por el contrario, el sueño pero por grados insensibles, este había sobrevenido como cuando procedemos a dormir normalmente. No era más una crisis violenta, resultado de unas congestiones nerviosas momentáneas, sino más bien un descanso reparador, una fase de descanso en apariencia puramente fisiológico.

Concebimos entonces, que estos dos géneros de sueños pertenecían a las antípodas, uno del otro. El primero, puede resultar ser incidentalmente perjudicial para la salud del sujeto, mientras que el segundo se muestra en lo formal como esencialmente saludable.

En el caso del abogado, conviene observarlo, yo me preocupé tan sólo de realizar una

acción puramente terapéutica. Aunque también debo reconocer que siempre me he sentido tentado de atribuir la creación del sueño a los deseos de los asistentes. Después, mientras que "*magnetizaba*" en condiciones análogas, sin pretender adormecer, pude ver a sujetos caer en estado de *hipnosis*, porque obraba en presencia de personas curiosas de esta orden de fenómenos.

(O. W.-Me ocurrió, en particular, el dormirse profundamente, en forma inesperada de mi parte, de un modelo que posaba en el estudio de un pintor. "Magnetizando", pretendía sólo realizar una intervención exclusivamente curativa; pero las personas que me rodeaban fueron sobreexcitadas por la espera de un espectáculo extraordinario. Es a su acción inconsciente que atribuyo la crisis hipnótica que se declaró súbitamente en el modelo. Se establece en semejante caso una cadena de voluntades y de deseos. Esta intervención psíquica colectiva puede favorecer o trabar los fenómenos. Abastece de la llave de un gran número de hechos juzgados maravillosos, y en particular aquellos que forman parte de los que se producen en las reuniones espiritistas. Por mi parte, mientras me encontré a solas con un sujeto, tuve mucha éxito, casi siempre conseguido generalmente en adormecer y tengo al contrario por numerosos los fracasos en presencia de un público curioso. Sólo debe haber una voluntad que actúe con un sujeto sensible, y es lo que explica el fracaso de experiencias delicadas, cuando son realizadas delante de un público morbosos.)

Me pregunté, por fin, si la voluntad de mi amigo no tenía que ver con la actitud rebelde de su sujeto a la creación de una suerte de ambiente somnífero alrededor de él. Porque mientras el abogado opuso la resistencia nada pasó. Pero, tan pronto como fue calmado por mí, se abandonó, las puertas entonces se encontraron abiertas al sueño que lo asediaba.

CAPITULO VIII

PELIGROS DEL HIPNOTISMO

Un sujeto se rebela. La acumulación de las fuerzas psíquicas. Sus efectos. Una crisis funesta. Regla de prudencia. Responsabilidad.

Jamás hay que jugar con fuerzas que no se conocen en su real naturaleza, pues las cosas que parecen ser de un riesgo muy inocente a veces se tornan en trágicas. Qué se juzgue por la historia siguiente:

Frente al cuartel se abría un pequeño bazar de artículos militares, en donde encontrábamos desde el blanco de polaina hasta el papel de escribir adornado de corazones encendidos, y de otros emblemas de colores chillones. El establecimiento se desdoblaba en una tienda, vagamente de ultramarinos y un despacho de bebidas.

Era atendida por un jorobado, del que la esposa se encargaba más especialmente de servir para beber; era una viviente mujer alegre a quien se la mencionaba siempre por el mote de "*la jorobada*", con el fin de no decir "*la esposa del jorobado*".

Inútil es añadir que su profesión le prohibía ponerse en modelo de sobriedad. Había que esperar de su parte los apóstrofes más familiares. También no estuve sorprendido de ninguna manera un día abordándolo, de verme interpelado en estos términos: "*¡oh, es usted el que adormece el mundo! ... Pues bien, querría verle tratar de hacerlo en mí. ¡Pero no lo logrará, pues yo tengo nervios sólidos y estoy seguro por anticipado que usted no lo conseguirá!*"

Así como estaba yo, lejos siempre de pretender adormecer a cualquiera, sobre todo en el primer momento, y que además me negaba siempre a aceptar un desafío; esa vez, en cambio, extrañamente me declaré preparado para satisfacer la curiosidad de mi interlocutor. Éste tuvo prisa por que le tomara de experiencia, porque yo debía desde el día siguiente dejar por varios meses la guarnición. Me hizo pasar a su trastienda, y allí yo comencé a recurrir verdaderamente, a los procedimientos de los más variados para provocarle el sueño. El desafiante jorobado pretendió no sentir nada y lo declaraba con sobre tono de fanfarronada, lo que debía haber despertado mis sospechas.

Pero yo solo pensaba en "*cargarlo*" con toda la energía de la que era capaz, y

cuando, a pesar de eso, nada se produjo, yo renuncié a la empresa. Orgulloso *el jorobado* de no haber podido ser siquiera iniciado, se echó entonces a cantar victoria: “*¡se lo había dicho bien! ¡Soy un duro! ¡Tengo nervios tanto como vos, lo sabíais bien!*” Luego quiso arreglar las cosas y me ofreció un pequeño vaso de lo que tenía de menos adulterado y volvió al cuarto sin la menor desconfianza. Cuando, después de una ausencia prolongada, pensé en hablar de nuevo con *el jorobado*, esto fue para enterarme de su muerte. Una afección de pecho se lo había llevado tres meses después de mi salida. Pero una recepción poco feliz me esperaba en el bazar de la jorobada. A la primera compra que me puso en su presencia, la viuda me fijó la mirada con un aire feroz. Luego su cólera estalló: “*¡oh, como le maldije la última vez que le vi!*”

Y como quedé desconcertado, sin llegar a comprender en qué podía haber ofendido a esta pobre mujer, prosiguió con un sobre tono menos agresivo: “*¿se acuerda del día en que usted trató de adormecer a mi marido?*” Totalmente había perdido yo de vista este hecho, pero entonces la memoria me volvió.

“*Pues bien, dejado por usted el jorobado, apenas usted hubo atravesado la calle, fue que mi pobre hombre cayó como fulminado. Me ayudaron a transportarlo sobre su cama y allí se puso a divagar, me agobió de injurias y luego se durmió durante tres horas. Al despertar, le critiqué el modo en que él me había tratado, pero me dijo que no se acordaba de nada. A partir de ese momento, el desgraciado no tuvo más cabeza, quedó afectado, no razonando más y entregándose a extravagancias hasta el día en que lo perdí.*”

“*Veo bien, añadió, -viendo mi aire abrumado-, que usted no tuvo malas intenciones; pero se lo quise decir bien a la cara, a usted y a su diabluras, pues por el resto de mi vida yo no podré perdonarle.*”

Pasé una noche muy mala como consecuencia de esta revelación inesperada. Resultó de los análisis realizados que era de *tisis* que había muerto el jorobado. Pero eso no me aliviaba en mi auto-reproche por mi imprudencia. Jamás debemos dejar un sujeto *sin soltarlo previamente*, aunque nada en apariencia se haya producido.

(O. W.-Los efectos de una acción psíquica son instantáneos sólo por excepción. En "magnetismo curativo", no obtenemos comúnmente ningún resultado manifiesto en lo inmediato, sino que provocamos o sea un mejoramiento gradual insensible, o sea un progreso súbito, pero que viene sólo a su hora. Hay que soltar, al fin de cada sesión, cuando se hace el hipnotismo, pero esta práctica no tiene razón de ser cuando se trata de una acción solo puramente curativa)...

Era inexcusable para mí, el haber faltado a esta regla. Pero una gran parte de las culpas también recaían sobre la víctima. El pseudo jorobado, intencionalmente me había engañado. Le había recomendado prestarse de buena fe a la experiencia, es decir quedar pasivo y no oponer ninguna resistencia. Entonces, es evidente que por fanfarronada, secretamente había resistido con todas sus fuerzas a mi influencia. Una gran energía psíquica de tensión muy alta se habría ido acumulando alrededor de él. Nada se produjo en tanto que el sujeto hubo estado activo; pero tan pronto como abandonó su actitud opositora, o sea, dejó de rechazar lo que él sentía que tendía a invadirlo, súbitamente *fue abordado y poseído*. De tal modo, una crisis de carácter psíquico, proporcional a los esfuerzos realizados, tanto de mi parte como de la suya, se le declaró en el momento preciso, cuando viéndome partido, el jorobado creyó que ya no tenía más nada que temer de mí. La invasión, en semejante caso, lo acechaba, y al primer instante suyo de pasividad, se manifestó luego con fulminante energía sobre él.

Una conmoción tan violenta podía sólo ser perniciosa en un ser desequilibrado. Estuvo afectado por eso de un estremecimiento cerebral, complicado por el alcohol, pero aun así, extrañas son las causas que lo condujeron a la muerte.

Creí mi deber citar este ejemplo en calidad de advertencia. Tal vez pueda inspirar el horror a toda experimentación frívola. Por mi parte, después de verme visto a mi mismo acusado de homicida por imprudencia, definitivamente rompí con las maniobras de los adormecedores. A partir de allí, siempre me inspiraron un rechazo profundo. Hay, además, incompatibilidad entre ellas y la práctica terapéutica. Es lo que será desarrollado en el capítulo siguiente.

CAPITULO IX

HIPNOTISMO Y MAGNETISMO

El sueño benéfico, sueño inofensivo y sueño perjudicial. La hipnosis. Su carácter criminal y sus engaños. La acción terapéutica. La elección de un curandero.

El sueño provocado puede presentarse bajo tres aspectos esencialmente diferentes:

1.-* Cuando sobreviene sin ser especialmente buscado, como consecuencia de una acción puramente terapéutico-curativa. Se traduce en una languidez progresiva, con somnolencia más o menos profunda. Es entonces que se produce el efecto de una reacción equilibrante en el organismo. Es un sueño reparador y tonificante diferente del sueño normal sólo por su eficacia mayor en su aspecto fisiológico. El enfermo puede entregarse a ello con toda confianza. Quedará para él sólo tan solo un tipo de descanso activo, extremadamente favorable para el restablecimiento de sus funciones orgánicas perturbadas.

2.-Un sueño de otra naturaleza es el obtenido por el *magnetizador* que adormece a un sujeto lúcido. Éste es sumergido en un estado de embriaguez nerviosa que exalta sus facultades imaginativas. Estamos entonces en presencia de un ser que de pronto manifiesta poseer la más exquisita sensibilidad, y es apto por este hecho, para percibir lo que escapa de nuestros medios ordinarios de percepción o conocimiento (*médium*). Este mismo género de sueño no tiene en apariencia nada perjudicial para la salud, sobre todo si se toma la precaución de no provocarlo demasiado a menudo y qué su duración no sea exagerada.

3.-No es cierto que la hipnosis se provoque paralizando ciertos centros nerviosos. Pero en cambio, si es cierta la aparición en tal caso de un género de sueño distintamente pernicioso, que tiende a estropear en sus facultades mentales a los seres ya perjudicados por algún tipo de desorden cerebral.

¹
* (Se trata aquí del "gran hipnotismo" de la Escuela del Salitral. En Nancy, el doctor Liébeault siempre procedió con dulzura. Sus métodos psicoterapéuticos son aplicados en París por el Instituto *Psycho Physiologique*, cuya fundación es debida al doctor Edgar Berillon.)

Estimábamos en nuestros días, que aunque a los pintores, a los poetas y a los inquisidores de la ciencia les era lícito el atreverse a todo, solo los sabiamente

entendidos pueden, según su grado, operar hipnóticamente cual si se estuviera operando con un instrumento de vivisección humana. Hay que dejarles a ellos tal responsabilidad. Aunque un hombre de corazón, siempre verá en las láminas del bisturí y los culos de vaso del gritón (?) sólo juguetes peligrosos a ser confinados en el arsenal de lo que se llamaba antaño magia negra. De todos modos, toda práctica maléfica se vuelve, por otra parte, de buena gana contra su autor. Así es como la *hipnosis*, descomponiendo al sujeto, no se queda sin alcanzar al operador mismo en su inteligencia y en su sentido común. Sabios graves perdieron totalmente la cabeza al contacto con *naturalezas flotantes, y refinadas de astucia depravada*. Los vimos los que edificábamos sistemas laboriosos, sobre las indicaciones falaces de individuos llevados a todos los engaños. Porque todo se vuelve terrible, en un dominio donde las trampas más pérfidas continuamente son tendidas por la sugerencia mental y la *ideoplastia*. (?) *No se entiende aquí a que se refiere exactamente, quizás es debido a que se trata de un giro idiomático propio del idioma original, que al ser traducido resultó en una frase de aparente sin sentido, aunque seguramente en inglés lo tendría, nótese, por otra parte, que este trabajo está realizado en base a la versión en castellano, no sobre la versión original.*

(O. W.-No sabríamos precavernos demasiado de sujetos hipnóticos, sobre todo de los que nos imaginamos haberles hecho totalmente su cosa. Cuanto más poder tenemos sobre un ser, y más se le tiene bajo su propia influencia oculta. Los que abusan de su influencia fatalmente son castigados, debido a una ley de equilibrio y de reversibilidad que representa por excelencia LA JUSTICIA (Arcano VIII del Tarot)

Lo precedente debe hacernos reflexionar sobre el abismo que separa al *hipnotismo*, de la práctica de *los terapeutas*.

De un lado, alguna responsabilidad cabe por parte del *operador*, que violenta de algún modo la naturaleza, para imponer su voluntad individual sobre la de otro, sin considerar el carácter de sagrado que rige la personalidad humana. Del otro, encontramos sólo a un hombre caritativo, que es capaz de arriesgar su propia vida para socorrer a su semejante. No es cuestión para él de dar pruebas de su fuerza ni de impresionar en las imaginaciones por prodigios inesperados; *el terapeuta*, es un fiel servidor, un humilde discípulo de la naturaleza, a la que obedece con el fin de obtener de la fuente de toda vida, la energía que salva, repara y cura. Es casi un sacerdote en el sentido elevado del término, que trata de cumplir con su tarea, y que se impone deberes humanitarios. Esta clase de sanador no se desvivirá en pronunciar grandes frases. Porque aunque las elegancias mundanas no siempre hayan pulido en él su grosero tono de decir y maneras, no es en lo que hay que fijarse en él, lo que si importa aunque el hombre sea rústico, es si contiene interiormente tesoros de bondad efectiva, riqueza de corazón y voluntad e intención recta.

Busquen pues al médico entre los que poseen el poder efectivo de dar la salud con tales características, y apártense de todo aquel que se apoye en la publicidad o en la necesidad del mercado. Desconfíen del sanador que se muestre grandilocuente y extremadamente hábil y capaz. Vayan a los más modestos, a los que ellos mismos se ignoran, pero que son almas honestas y fuertes. Es entre ellas que descubrirán al hombre sanador impelido por Dios. Aquellos que quieran ser médicos de tal categoría, cuando lo hayan encontrado, pídanle si así lo desean, que les enseñe a imponer las manos, curarán así con mayor rapidez y seguridad que el más orgulloso de los doctores.

CAPÍTULO X

EJEMPLO DE CURA

La pasión del magnetismo. Una angustia. Recordatorio a la vida. Sueño lúcido. Crisis saludables.

Cuando uno se entrega de un modo seguido a la práctica del magnetismo curativo la necesidad de dedicarse a ello, acaba por volverse tan imperiosa en uno, que se sufre si se queda inactivo. La costumbre crea en esto como una segunda naturaleza; se activa una función interior de carácter especial, que quiere ser ejercida para su desarrollo en lo sucesivo. Pude comprobar este hecho después de haber dejado el regimiento. Mis nuevas ocupaciones no me dejaban ninguna libertad; pues me obligué a un trabajo absorbente que bien pronto me fue un suplicio sostener. Fue así, que viéndome interiormente forzado a fondo a tomar una decisión, tomé la resolución de entregarme sin reserva a mi pasión por la psiquiatría.

Mis cuidados fueron requeridos en primer lugar con ocasión de un caso desconsolador. Se trataba de una joven mujer, ya una madre de cuatro niños, que había sido desgastada por embarazos sucesivos y sus lactancia prolongadas, en medio de las privaciones más duras. Un alimento insuficiente, frío, cansancio y las preocupaciones de una miseria negra que le habían traído disturbios nerviosos de variada naturaleza, hasta llegar a manifestar esputos de sangre. Así, completamente agotada, la pobre quedó reducida al último grado de la astenia. Sin embargo aun le quedaba todavía bastante fuerza como para rechazar cualquier alimento que se trataba de hacerle ingerir.

Cuando se recurrió a mi intervención, era opinión de los médicos, que su muerte era inminente y fatal, pues la enferma no salía ya más de un estado comatoso, que solo parecía dejar subsistir nada más que una leve luz de vida en su pulmón izquierdo y en el corazón. Corta e irregular, su respiración amenazaba de un momento a otro con interrumpirse. El espectáculo era dolorosamente punzante. Mi primera intención fue la de retirarme, sin intentar siquiera emprender nada; pero luego me pareció muy cruel abandonar así a la agonizante. Salvarla me parecía un imposible, pero tal vez en esta extremidad, podría siquiera atenuar el drama de las ansias producidas por la lucha extrema entre la vida y la muerte. ¿No es acaso una caridad el ayudar a bien morir, cuándo el término irremisible ya se hizo presente?

Decidido entonces a cargar sobre mis espaldas con una misión tan penosa, dirigí tristemente la punta de mis dedos hacia el pecho ya preparado para devolver el último soplo. Casi en seguida sentí establecerse una corriente, débil primero, que luego fue creciendo poco a poco en intensidad. Noté que se efectuaba por parte de la moribunda una sustracción de fuerza. Yo me presté a ello pasivamente, porque no había que arriesgarse a que se produjera conmoción alguna, y me limité a seguir la naturaleza las cosas con extrema precaución.

Yo tuve de pronto la sorpresa de notar que su ritmo respiratorio se regularizaba. Muy emocionado, proseguí largamente los pasos, siempre atento a no precipitar nada. El ritmo pulmonar tomó entonces mayor amplitud, luego las líneas de la cara parecieron aflojarse y perder poco a poco su expresión dolorosa.

Pero no fue todo, después de una hora de *magnetización* la moribunda se animó. Abrió los ojos y me fijó una mirada vaga, que se volvió de repente de manera extraña interrogativa. Al mismo tiempo, sus labios se agitaron como para hablarme. Interrogada, la enferma me respondió por signos débiles de su cabeza. Me dio a entender así, que mi acción le proporcionaba un gran bienestar. Me enteré en ese momento que la pobre enferma había sufrido mucho tiempo del brazo derecho, antes de perder totalmente su uso.

Dirigiendo entonces inmediatamente mi accionar sobre este miembro en particular invité a la enferma a que lo tratara de mover un poco. Contaba tan sólo con la posibilidad de un desplazamiento muy débil. Pero pronto el brazo pudo levantarlo sin dificultad. La pobre mujer se conmovió por ello tanto, que su voz le volvió súbitamente. Tuvo la fuerza para decirme en voz bastante distinta: *“Usted va a salvarme, lo siento. Dios le envió para esto. No me abandone, le ruego que no me deje morir, por mis niños”*

La exaltación de la enferma se hizo tal, que hubo que calmarla, con el fin de impedirle gastar en palabras la fuerza que comenzaba a resurgir.

Las sesiones fueron proseguidas cinco días consecutivos, y prolongadas a veces más allá de las dos horas. Los progresos realizados permitieron entonces a la enferma levantarse momentáneamente para instalarse en una butaca. La debilidad aún era excesiva, pero las funciones proseguían sucesivamente.

En lo sucesivo las magnetizaciones no se efectuaron más que cada dos días, luego fueron espaciadas; pero hube de sostener una lucha de dieciocho meses para tener razón del dolor. Estaba en presencia de un sujeto de una sensibilidad excepcional. La asimilación de las fuerzas transmitidas eran tan instantáneas como que después de

cada sesión la enferma se imaginaba tener que temer algo más; también fácilmente se dejaba llevar a imprudencias que le traían recaídas.

La accesibilidad a la influencia del magnetismo se tradujo, además, por una propensión irresistible al sueño. La paciente hizo los primeros esfuerzos para mantenerse despierta, pero, por mi recomendación, se entregó a lo que quería producirse.

Una influencia progresivamente invasora parecía entonces ser rechazada por algún aspecto de su personalidad consciente; le quedaba luego por ello una angustia penosa, como si hubiese debido obligatoriamente hundirse en un precipicio y en cierto modo morir. Pero, una vez calmada toda esta sensación particular en ella, dejó de alarmarse y se acostumbró a ello fácilmente.

En su sueño, la enferma daba informaciones sobre su estado. Pretendía no padecer de ninguna lesión orgánica grave: todo su mal provenía, según ella sólo de disturbios funcionales.

Los pulmones eran lo único hasta ese momento en no ser tratados, eran considerados sumamente sanos, pero eran débiles, como paralizados. Habían perdido su elasticidad, también, cuando la sangre se volvió más generosa, vino a, afluirlo con impetuosidad, y el peligro entonces fue grande. La enferma caía entonces presa de crisis congestivas, que se declaraban indispensables, pero que podía superar sólo gracias al magnetismo.

Estos accesos siempre fueron anunciados por anticipado y podíamos así estar preparados para el momento preciso de su aparición. La enferma entonces se ahogaba como en el momento de sus primeros esputos de sangre; pero la imposición de las manos y los pases parecían airearla y pronto el peligro era conjurado.

Pudimos apreciar, por este ejemplo, el papel capital que la lucidez sonámbula tiene, pues, comprobamos que es susceptible de jugar en el tratamiento de las enfermedades un rol muy importante. Me congratulo en este caso del sujeto, que llegó a conquistar plenamente la salud, no sin haberme antes informado e iniciado en toda una fisiología oculta del sistema nervioso.

Esta cura, tan brillante como inesperada, me dio una gran confianza en mí mismo y me hizo contemplar el magnetismo como una vocación. Durante cinco años, me entregué a ello sin reserva. Era entonces en toda la efervescencia de la juventud y mi entusiasmo no me concedió consideración ni descanso. Más tarde, mi celo por la práctica fue templado por el amor creciente de las búsquedas teóricas, y el tiempo

comenzó a ser próximo a la época de la vida en dónde la teoría debe recibir definitivamente la preferencia.

CAPITULO XI

CRISIS MESMERIANAS Y SONAMBULISMO

Los efectos inesperados de la acción magnética. Saber sufrir. El sueño lúcido. Revelaciones relativas a las enfermedades. Las predicciones. El éxtasis profético.

La medicina oficial, como se sabe, aplica a veces remedios que momentáneamente agravan el estado del enfermo; lo sumerge en una crisis y de ello lo conduce luego a la salud, o sea, le hace atravesar una fase de crisis que sería alarmante si no estuviese prevista. La aportación súbita de un aumento de vitalidad puede actuar de manera análoga y desencadenar en el organismo una lucha dolorosa. El sufrimiento en tal instancia es entonces para el bien de la salud del paciente; esto hay que comprenderlo para abreviarlo y reducirlo en lo posible por lo menos. Las rebeliones e impaciencias pueden sólo contrariar la revolución saludable que necesita cumplirse. Pero la calma es difícil de conservar en presencia de una crisis o agravación aparente de la enfermedad.

Nada sin embargo se tiene que temer cuando realmente es el magnetismo el que provocó el recrudecimiento. La intensidad de la crisis es entonces, siempre, proporcional a las fuerzas que han sido asimiladas: jamás se corre peligro cuando se está en estado de soportar un trastorno orgánico que pretende restablecer el orden turbado. En su sabiduría maternal, la naturaleza evita las imprudencias. Si supiéramos discernir sobre sus intenciones evitaríamos complicar su tarea, y entre nuestros disturbios funcionales distinguiríamos entre amigos y enemigos del equilibrio normal. Pues consideramos a veces como una enfermedad, lo que es sólo un esfuerzo intentado por el organismo con vistas al restablecimiento de la salud. Una medicina ciega, puede entonces intervenir de manera funesta. ¿Pero cómo llegar a penetrar el secreto de las operaciones de la naturaleza? ¿Podemos ser adivinadores para determinar con certeza las causas finales de nuestras enfermedades?

No querría aquí constituirme en el abogado de la adivinación; pero habría ingratitud de mi parte si no diera testimonio a favor de todo aquel, que me proveyó de lo que pude aprender en la escuela de los sujetos lúcidos. Lo encontré en quienes se remitían al principio de sus enfermedades, y describían sus fases sucesivas con una lógica sorprendente. Al oírlos, el mal absoluto no existía, todo estado penoso tenía su

razón de ser y sobreviene sólo en nuestro beneficio.

Lo óptimo sería erigir como teóricamente médico, que la naturaleza sería en esencia benéfica y que el sufrimiento provendría sólo de errores del hombre. Los enfermos que me abastecieron de revelaciones semejantes eran sobre todo lúcidos para ellos mismos. Describían el interior de su cuerpo como si realizaran su propia autopsia. Sus prescripciones con respecto a los cuidados que se debían tener en cuenta y con respecto al régimen a seguir, se mostraron siempre muy juiciosos.

En cuanto a los remedios, se remitían invariablemente a plantas. A menudo el sujeto, que ignoraba completamente la botánica, comenzaba por describir el lugar de procedencia del vegetal saludable, que describía luego. Después, cuando yo buscaba el nombre, esto se tornaba en algo muy dificultoso. A veces un nombre latino lograba ser deletreado a duras penas letra por letra, y tenía la sorpresa de encontrarlo en un diccionario como un nombramiento de la planta descrita, cuyas propiedades medicinales concordaban con el caso que había que tratar. Esta clarividencia, tan notable mientras se trataba del sujeto mismo, perdía su infalibilidad tan pronto como la consulta se aplicaba a alguna otra persona. Sin embargo, es sobre el tratamiento de las enfermedades que la lucidez sonámbula es aplicada con más éxito.

Otras especialidades de las videntes profesionales exponen trabalenguas frecuentes. Hay hasta sibilas que se destacan en las búsquedas y pueden lograr el reencuentro con objetos perdidos. Su escollo se encuentra comúnmente en los tesoros escondidos que la imaginación les muestra. Absténganse de emprender registros sobre sus indicaciones, que son sugeridos sólo por sus propios deseos secretos.

Los sujetos sensibles sufren, en efecto, de la repercusión de las ideas que portan consigo. Esto explica ciertas predicciones cuyos elementos son sacados del ambiente mental del consultor. No son entonces las ideas que sí se tienen presentes ante el espíritu y que impresionan más vivamente al sujeto, son al contrario, las memorias que tienen algún motivo para ser recordadas. El adivinador percibe de preferencia nuestras ideas más vagas, las que se manifiestan por intuiciones o presentimientos. Es sobre datos semejantes que se trazan las prescripciones. Pero ellas, todas no son sin valor.

Cuando se hace caso omiso de ensueños forjados por la fantasía de los sonámbulos, nos quedamos en presencia de dos géneros de predicciones. Las unas se basan en pronósticos sacados de las intenciones del consultor, o de los proyectos que otras personas pueden formar para su sujeto. Estas son las más frecuentes; se realizan en parte la mayoría de las veces solas. Otras predicciones son de un orden en todo

diferente. No se obtienen a voluntad, es consecuencia de las cuestiones que ponen a un sujeto adormecido. Aquí todo es espontáneo; el vidente tiene precipitadamente una visión que nada parece provocar. Habla de cosas que no se intentaba pedirle, y se describe a veces en sus menores detalles una escena que se producirá rigurosamente así, a vencimiento muy largo.

Estas crisis de profecías son las más raras; pero no por ello plantean un problema menor. Parece que una inteligencia, cuya totalidad de energía es concentrada en un solo punto, puede llegar a actuar como un amplio radar psíquico. En tal instancia todo se abarca, el futuro es contenido en el pasado, y es sólo su abertura lógica. La duración, por otra parte, es sólo un fenómeno subjetivo; la sucesión que comprobamos sólo es un hecho de nuestros órganos, porque desde el punto de vista de la totalidad, todo puede ser simultáneo, único e instantáneo.

El carácter trascendente de las visiones que se tratan aquí, nos aleja mucho de las pitonisas que descubren el futuro mediante una retribución honrada. Una de estas adivinatoras había anunciado que sería viuda antes de finales del año. Interrogada más tarde respecto a esta predicción que no se había realizado, la sibila no fue desconcertada. "¡No murió!, ¡es verdad! Pero me trajeron dos veces a mi marido en tal estado (borracho perdido) ¡como no valía más de aquí!"

Era matemático: un medio-muerto doble equivale a un muerto entero. El oráculo era justo.

CAPITULO XII

UN CASO DE HIDROFOBIA

La rabia y el hipnotismo. Una experiencia de laboratorio. Al pie de la pared. Una dama chiflada. Síntomas rábicos. Veredicto de la Facultad. Tratamiento mesmeriano. Crisis. Curación radical.

En una época cuando Charcot y Pastor eran los héroes del día, el Dr. Pinel emprendió búsquedas sobre el hipnotismo aplicado sobre el tratamiento de la rabia. Después de haber comprobado que el virus rábico actúa como un veneno cerebral, propuso hipnotizar a personas afectadas de locura. Pero el pequeño hijo del alienista célebre de la Salpêtrière fue más lejos. Supuso una experiencia, de la que él hizo un relato dramático delante de un auditorio, acostumbrado a sus conferencias de vulgarización.

Al ser adormecido un sujeto -según los procedimientos clásicos, sobre los cuales se extiende con complacencia el conferenciante-, le sugerimos que ha sido mordido por un perro rabioso. Los síntomas del mal terrible aparecen entonces sucesivamente. Tan pronto como la espuma babea en sus labios convulsos, la recogemos con cuidado, para inocular un conejo. Luego, el efecto de las primeras sugerencias fueron destruidas por otras dirigidos en sentido contrario, el sujeto así es progresivamente devuelto a su estado normal, y aunque despertado, no tiene ninguna memoria de lo que paso y no siente el menor malestar. En cambio, no ocurre lo mismo con el conejo: el pobre animal se vuelve rabioso, en verdad y muere. -Dejando estupefactos a los oyentes-

El Dr. Pinel había producido este pequeño apólogo científico con sobre tono malicioso que en realidad no habría debido engañar a nadie. A él le gustaba así adornar la sequedad de sus exposiciones. Pero resultó que se encontraba allí, en el auditorio, un reportero al acecho de algún artículo sensacionalista. Fue una buena ganga para él escribirlo, ya que vendió por las calles, en la prensa, lo que acababa de oír. El público tomó en serio todo, y pronto el excedido espíritu del sabio, fue convocado para que tratara, mediante el hipnotismo, un caso bien caracterizado de rabia.

Se trataba de una dama, entonces de edad de 39 años, que fue mordida, el 8 de enero

de 1887, por un perro reconocido como rabioso. La mordedura, inmediatamente había sido cauterizada al amoníaco. Esta precaución parecía poner a la dama al amparo de todo peligro. No soñamos pues en absoluto con alarmarnos debido a una serie de aturdimientos y de brillos que atravesaban sus ojos; hasta que una constricción persistente comenzó a afectar en su garganta a esta dama, queriendo ver en ello solo el efecto de un enfriamiento. Pero ya el agua se le hizo objeto de una fobia inexplicable. Su sueño fue turbado por pesadillas atroces. Perros aparecían, monstruosos y amenazadores. Luego, estos accesos alucinadores hasta le sobrevinieron durante la vigilia. El desconcierto cerebral se tradujo además en alternaciones de exaltación, luego de parálisis súbitas de la memoria. Cosas olvidadas desde hace tiempo se presentaban a su consciencia con la nitidez más grande y, poco después, toda memoria parecía para siempre borrada. Otras veces, la hiperestesia destinaba el sentido de la audición; a la percepción de ruidos ligeros y lejanos que entonces fueron percibidos distintamente.

Esta vez la ilusión no era posible más, por lo menos para el círculo inmediato a la enferma, que vivamente se empeñó en que ésta viera M. Pasteur. Sin embargo no nos atrevíamos a insistir demasiado, temíamos golpear el espíritu del interesado, que persistía en no darse cuenta de toda la gravedad de su estado. Las inoculaciones le repugnaban, además, en sumo grado. El método era objeto de una controversia ardiente, y la enferma le oponía prevenciones invencibles. En estas condiciones, el tratamiento hipnótico del Dr. Pinel apareció como una tabla de salvación verdadera. No levantaba ninguna objeción, por ser familiarizada desde hace tiempo la enferma con el magnetismo, y ella misma era practicante de la adivinación en calidad de sujeto lúcido.

Sin vacilar escribimos pues al Dr. Pinel. Pero éste, poco satisfecho del ruido social hecho alrededor de su relato imprudente, y temeroso de alguna trampa, me envió a las informaciones.

Sometí primero a la enferma a un examen minucioso. Y desde el punto de vista de la medicina oficial, no había nada más que hacer. Las inoculaciones ya no podían ser prescritas más, pues se había esperado demasiado. Por otra parte, en estas condiciones agudas del sujeto habrían presentado sólo inconvenientes. Mejor valía entonces volverse sobre el hipnotismo. Sugerencias tranquilizadoras contribuirían a retrasar un desenlace fatal. ¿Y quién sabe? ... Había que contar con las sorpresas, con una de esas reacciones del sistema nervioso que desvían toda previsión. “*¡Por fin, -me dice en materia de conclusión el Dr. Pinel-, vaya allá directamente! Haga todo lo que pueda, tiene usted carta blanca; ¡para mí, la mujer es francamente lenta!*”

Libre así de intervenir según mis medios de acción, yo emprendí, a partir del 22 de marzo de 1887, una serie de magnetizaciones. Subrayo la palabra, porque descuidando los procedimientos del *hipnotismo* y en particular la *sugestión*, me apliqué durante todo el tratamiento sólo a transmitir a la enferma de mi propia energía nerviosa. Cierto es que se dormía desde el principio de cada sesión. Pero yo no la incitaba a ello de ninguna manera, por lo menos desde mi voluntad; era en ella una costumbre tomada. En cuanto a su lucidez, yo tenía inmediatamente una muestra.

Apenas adormecida, la sibila me habló del Dr. Pinel: “...*pero no me dijo de ninguna manera él en lo que usted pensaba. -Quiso calmarme, afirmándome luego que: "Yo no padezco de la verdadera rabia y se qué mi estado es sin peligro. En realidad, él me considera perdida. Si le encargó de cuidarme, es en último extremo. Además, no cree en la eficacia de su tratamiento, pero también quedará sorprendido, cuando sepa que me ha curado. ¡Porque usted va a curarme, lo veo indistintamente, y esto no será largo!"*”

Esta predicción plenamente debía realizarse. Las cosas tomaron un giro seguidamente excelente: su garganta se volvió más libre y las confusiones cerebrales se atenuaron. Pero estos progresos debieron ser conquistados con mucha lucha. El *magnetismo* provocaba crisis de extrema violencia, que estallaban a veces en el mismo curso de las sesiones. Trémula, con los ojos despavoridos, la enferma entonces castañeteaba los dientes nerviosamente. Experimentaba las ganas de morder y, si la razón no la hubiese retenido, se habría echado sobre mí. Estos ataques que revolucionaban todo su organismo eran anunciados por anticipado. Quedaban de eso unas modificaciones saludables, que el sujeto indicaba luego en su sueño.

Una última conmoción, más vehemente que todas las demás, se produjo entre la decimotercera y la decimocuarta sesión. Fue seguida por una fiebre ardiente, acompañada por una sed tan intolerable, que para apaciguarla, la enferma buscaba todos los líquidos que estaban a su alcance. Pudo beber sin dificultad, y se vio desde ese momento liberada para siempre de la contracción nerviosa de la garganta que se oponía al paso de los líquidos.

La fobia al agua fue superada también al día siguiente, la sujeta se declaró curada. Por precaución, las sesiones fueron proseguidas, a intervalos cada vez más espaciados, durante cerca de dos años. No hubo ninguna recaída. La salud general de la paciente gozó del tratamiento magnético, de tal modo que esta dama jamás en su vida estuvo tan bien de salud, como después de haber sido tratada por causa de la mordedura.

CAPITULO XIII

LOS MILAGROS

La excepción y regla. Una curación súbita. La sugestión medica. Sensación provocada por el magnetismo.

El magnetismo está lejos de conducir siempre a los resultados instantáneos y brillantes. Encontramos sólo por excepción enfermos de una sensibilidad excepcional; pero son las curas extraordinarias las que golpean las imaginaciones, y así somos propensos a citarlas primeramente. Esto presenta ciertos inconvenientes; porque los enfermos esperan entonces de su caso los mismos prodigios y se decepcionan cuando las cosas solo se limitan a seguir su curso normal. Entonces, no hay que atribuirle al agente magnético un carácter milagroso. La energía nerviosa transmitida por un organismo a otro, da lugar, la mayoría de las veces, sólo a efectos insensibles en principio a los sentidos comunes, pero graduales y bastante lentos. Las curaciones súbitas son muy raras. No depende del *operador* el provocarlas según su grado de interés. Él mismo tiene muchas veces menos parte que el sujeto; porque todo depende de un encuentro feliz de condiciones que favorezcan la acción curativa. Así es como pude tener la buena fortuna de sacar de un mal fuerte a uno de nuestros pintores de los más apreciados por la exquisita delicadeza de sus obras. El *maestro* sufría de una *gastralgia* que le venía de ya más de siete años, incluso de la campaña de 1870. Todos los tratamientos le habían sido suspendidos: su estómago había logrado negarse a todo alimento. Incluso la leche, él, no la soportaba más que difícilmente. Por la noche, calambres atroces lo obligaban a morder los paños para no quejarse llamativamente más. El magnetismo entonces le fue sugerido por un amigo que ya había comprobado sus efectos felices. Pero el enfermo no tenía ninguna confianza en este agente curativo misterioso; pero debió sin embargo acudir a ello, ante sus instancias dolorosas, vueltas cada vez, más urgentes. Empeñado en no dejarse morir “según la fórmula corriente”, el artista, que me conocía, consintió en probar con mi género de tratamiento.

La primera sesión pasó sobre todo en conversaciones; pero conversando mantenía mis dedos frente a su estómago enfermo. El pintor se había enfrascado en una disertación sobre la estética y observaba apenas mi actitud. Yo, que le había pedido decirme si sentía algo, juzgó que mi petición era singularmente presuntuosa. *¿Cómo*

podía tener yo la pretensión de producir lo que sea con la ayuda de un procedimiento semejante? Al día siguiente, la charla fue repetida en las mismas condiciones. Pero esta vez, el pintor admitió sentir en la región *epigástrica* una opresión ligera que ya yo, había observado la víspera, pero atribuyéndola a una causa fortuita.

Volviendo al tercer día, supe que la noche había sido para él más tranquila que de costumbre. ¿Era una coincidencia? Durante la sesión, la misma molestia nerviosa reapareció ahora pero más marcada. Aunque la noche luego fue excelente. Todo, en lo sucesivo, fue muy bien: su sueño no fue perturbado más, los calambres le desaparecieron y las funciones suspendidas prosiguieron. Su régimen alimentario pudo ser progresivamente extendido, tanto, que el artista curado, pudo luego llegar a hacer honor al *magnetismo* hasta con la ocasión de un festín de banquete.

Pero la cura mencionada, lo repito, no es de las que se obtienen de manera corriente. Tuve a continuación de ella que tratar con numerosos casos de *gastralgias* mucho menos graves, pero notablemente con menos éxito. Y sin embargo obraba en condiciones eminentemente favorables; los enfermos me llegaban maravillados y llenos a veces se iban de mi energía curativa.

Posiblemente habría debido sacar provecho de su estado agudo por la sugestión con autoridad, pero me repugnaba el hacer promesas arriesgadas. Temí siempre las esperanzas exageradas, porque al menor pretexto se corre el peligro de que los pacientes giren hacia el gran desaliento. Las curas obtenidas por persuasión me parecen ofrecer, por otra parte, sólo garantías pobres. Sin duda, muchos enfermos recobraron la salud, únicamente porque se supo hacerles creer que iban a curarse. Pero el *terapeuta* verdadero les deja de buena gana estos subterfugios del arte medical a ciertos "pontífices", a los que del prestigio alborotador hacen todo su éxito. Si se aspira a ser un *agente realmente activo de curación, mejor será no prometer nada por anticipado*. Lo que importa, sí, es *ganar la confianza de los enfermos*, y el mejor medio de alcanzarlo es *mostrándose digno*. En consecuencia, una sabia reserva debe imponerse, hasta el momento en que se muestran los efectos que permitan pronunciarse entonces con seguridad. En cuanto a las *sensaciones extraordinarias*, las cuales los enfermos esperan a veces, se reducen, en general, a algunos estremecimientos insignificantes, como hormigueos ligeros en los miembros, sobre todo en las extremidades. Pero pasa también que absolutamente no se experimenta nada y que "*la acción magnética*" no por ello es menos altamente eficaz. La mayoría de las veces los enfermos acusan sensaciones vagas, difíciles de definir. Lo que hay para ellos de más claro, es que están entonces bajo la *impresión de un descanso general de los nervios* y que se descansa en una calma llena de bienestar. Si sobreviene la somnolencia, se refiere a un sueño normal, esencialmente tónico y

reparador. La lucidez sonámbula es, en estas circunstancias, un fenómeno de extrema rareza. Algunos efectos curiosos se relacionan sin embargo con la práctica ordinaria del "*magnetismo curativo*". Así es como la mano, aplicada por encima de una cubierta o de ropas espesas, suelta a veces un *calor intenso y penetrante*. Los enfermos se creen entonces en contacto con la boca de una estufa. Otras veces, pero esto es menos frecuente, el sujeto se declara helado, hasta por los pases realizados a distancia. En ambos casos, la mano del operador se queda a la temperatura normal. Aparte de estas singularidades, la imposición de las manos y los "*pases magnéticos*" manifiestan su acción sólo por una vuelta insensible a la salud. El enfermo tiene más tono y soporta mejor sus dolores, que van atenuándose a medida que las fuerzas vuelven.

CAPITULO XIV

LA FE

Un enfermo poco sugestionable. Escépticos y creyentes. Los remedios tóxicos. Las enfermedades nerviosas. El protoplasma. Las heridas. El magnetismo medio de detener el derrame de la sangre. Éxito en un parto. In extrémis.

Si el *magnetismo* actuase sólo por *sugestión* quedaría ineficaz sobre los niños en la primera infancia y, con razón más fuerte, sobre los animales. Entonces, precisamente son los seres pasivos los que mejor resultado obtienen de su acción. Nada es más demostrativo para este tema que el caso de un galgo egipcio que me fue dado a magnetizar. El pobre perro, aun en su infancia, estaba cerca de ceder totalmente a la enfermedad. Nos mostrábamos muy inquietos por su ya lamentable estado. Los disturbios bulbares se veían muy amenazadores y su corazón latía con violencia, mientras que la respiración se le volvía cada vez más jadeante. El veterinario no respondía de nada y se contentaba con declarar que el neumogástrico había sido tomado.

Viendo al galgo de África temblar bajo sus cubiertas, me eché a acariciarle la cabeza, luego a aplicarle la mano sobre la nuca. Luego el perro me dio pronto signos de satisfacción por un equilibrio ligero de su cabeza, que seguía el movimiento de mis dedos. Su ritmo respiratorio pareció luego regularizarse; y por fin, después de haber tenido los ojos cerrados, el animal giró hacia mí una mirada fangosa, y luego pareció dormirse de nuevo con calma.

Al cabo de algunos minutos, tuvimos la sorpresa de verlo hacer esfuerzos para levantarse sobre sus patas. Llegado no sin dificultad a lograrlo, se nos fue acercando dando algunos pasos vacilantes, luego se sacudió como para recuperar totalmente sus sentidos. Tuvimos entonces la idea de ofrecerle leche. Así comprobamos que moría por ella, ya que la bebió rápidamente a lengüetadas y sin dificultad. Al día siguiente, con una nueva sesión dimos por terminada la curación

Este perro, se mostró siempre agradecido del servicio que le di. Ladró siempre comúnmente y con furor contra los visitantes; pero tan pronto como a mí me percibía, reaccionaba dando saltos de alegría, que eran para mí muy gratificantes y conmovedores, ya que los seres razonables muchas veces olvidan rápidamente lo que

solidariamente se hace por ellos.

Vemos entonces por este ejemplo, que el *magnetismo* no exige de ninguna manera que se esté convencido por anticipado de su eficacia. Pero para gozar de sus efectos saludables, es importante sobre todo ser neutro de juicio con respecto al paciente. Aunque a pesar de las disposiciones morales más favorables para el éxito, se está siempre lejos, de tenerse por seguro el resultado deseado. Ya que muchos "creyentes" entusiastas pueden seguir quedando enfermos, (*n. a.* -no siempre lo enfermo es de carácter puramente destructivo o desorganizador en sentido estrictamente morboso, es muchas veces un medio por el cual el enfermo puede llegar a lograr tomar conciencia de "algo" muy importante para su evolución personal), mientras que se ha visto a muchos incrédulos "ser curados", por decirlo así, aun a pesar de ellos. El caso es que el obstáculo es a menudo material. Sin hablar de enfermedades que son incurables, tanto por el *magnetismo* como por otro medio, nos hemos topado a veces con envenenamientos del sistema nervioso, ocasionados por productos farmacéuticos, de los que los enfermos se saturaron. Cuando el organismo sufre así los estragos de agentes químicos variados, harían falta verdaderos milagros para superar síntomas vueltos inextricables. Sin embargo, igualmente jamás hay que desesperar. La naturaleza es capaz de remediar a la larga los desórdenes más profundos. De reparar nuestros errores revivificando una a una las células afectadas por los fármacos indebidos. El *magnetismo* acaba entonces por intervenir útilmente, pero su tarea es ingrata; tampoco tiene el derecho de mostrarse demasiado exigente, sobre todo cuando de manera prolongada un organismo sirvió de campo de batalla a principios desorganizadores de lo orgánico más pérfidos.

Si los *magnetizadores* pudieran siempre ser puestos en presencia de un sistema nervioso indemne, su intervención quedaría sólo muy raramente estéril. Pues es durante el comienzo de las manifestaciones de las enfermedades que se logra actuar con mayor eficacia. Lo ideal, pienso, sería que cada familia pudiera contar, dentro de su círculo social, con una persona saludable, noble de corazón, fuerte de espíritu, solidaria de Alma y de mente abierta, así podría precaverse por medio del *magnetismo* de muchas complicaciones amenazadoras de la salud humana. Se ahorrarían muchos sufrimientos, y la salud sería entonces el estado normal del "hombre civilizado".

Por otra parte, no hay que imaginarse que el *tratamiento magnético* se aplica sólo para las enfermedades puramente nerviosas. Las *neurosis*, son a veces curables sólo por el *magnetismo*; pero la *influencia magnética* se puede ejercitar de modo general sobre todas las partes orgánicas, y no únicamente sobre los nervios. Porque dado que la vida (en forma de energía) reside en el interior mismo de cada una de las diferentes células, y es en ese interior que opera el *magnetismo*. Esto ayuda a

explicar cómo puede ser posible, por ejemplo, la remisión de aquellos tumores que no están bajo la dependencia directa del sistema nervioso.

Si las células nerviosas pueden llegar a ser particularmente sensibles a la influencia del *magnetismo*, es porque en ellas los procesos *electroquímicos* son fundamentales en su dinámica funcional. Esta sensibilidad es manifiesta, por ejemplo, en cuanto a los centros vasomotores. Se afectan con facilidad, para provocar a veces un efecto de vasodilatación, y en otras lo contrario, un efecto de vasoconstricción. Así es como logré en casos diversos, parar una hemorragia, pues los vasos capilares fueron los únicos afectados.

Podría citar para este tema, hechos que recordarían las prácticas de Aïssaouah (?) (*bailan cortándose con cuchillos el pecho, la cara, los brazos y al fin de la sesión, su jefe detiene la sangre que fluye; cierra con este fin los labios de cada herida murmurando oraciones*) y los malabaristas orientales que, sumergidos en un delirio artificial, se hacen heridas horribles, de las que luego son curados instantáneamente. Debe pues quedar asentado que las enfermedades físicas que se manifiestan por disturbios de la circulación o por atascamientos, son las menos recalcitrantes. Pero los mejores resultados se obtienen cuando se trata de colaborar con la naturaleza en el cumplimiento de un trabajo de orden fisiológico.

En un parto, que se anunciaba muy mal, los dolores, que primero eran continuos, se volvieron intermitentes tan pronto como se recurrió al *magnetismo*. Luego todo sucedió muy bien, con gran asombro de la comadrona, que estaba muy inquieta al principio.

En los casos que no dejan lugar a ninguna esperanza, el *magnetismo* no deja por ello de prestar servicio. Tuberculosos, llegados al último estadio de su mal, se sentían renacer a la vida cada vez que recibían mis cuidados. Pero asimilaban sólo una vitalidad efímera aunque suficiente sin embargo para suavizar sus últimos momentos y ayudarles a entregarse al desapego final de su estado.

CAPITULO XV

OPERACIÓN QUIRÚRGICA EVITADA

La vida en peligro. El abandono por los sabios. El ensayo del magnetismo. Indicios sacados de las sensaciones del magnetizador. Curación terminada por un novicio. Fue cuestión hasta aquí, de tratar sólo sobre los efectos de la *acción magnética*; he aquí entonces el momento de buscar ahora las causas productoras. Pero, con el fin de quedar en el mismo sitio práctico, los capítulos próximos tratarán solamente de los procedimientos que deben ser empleados por el *magnetizador* para obtener mayor provecho de las "fuerzas".

En primer lugar, conviene examinar cuáles son las "fuerzas", de carácter subjetivo pero evidente, de las que se puede disponer para la *psikurgia*. Todas se sintetizan en la siguiente trilogía: el *Pensamiento*, y la *Voluntad e Imaginación* estos últimos vitales en su acción práctica de opuestos complementarios, es decir en el aspecto interior humano son la manifestación de nuestra naturaleza interna de carácter doble; esto es, activo y pasivo. *El terapeuta* debe necesariamente entonces, aprender o concientizarse con respecto a poner en ejecución en forma conjunta, su voluntad y su imaginación. Jamás nos desentendamos de la importancia del papel que juega *la voluntad y la imaginación* en la práctica del *magnetismo*. Por un lado, la energía de un amor desinteresado por el semejante siempre ha demostrado ser la fuente de todo eficaz ejercicio de la *taumatúrgica*. Incluso parece que hubiera habido exageración con respecto a ello bajo este informe, pero lo cierto es que no se es nunca lo suficiente insistente en este aspecto, con respecto al rol y a la influencia ejercida por *la voluntad e imaginación del operador*. De ahí la importancia del *pensamiento*, como principio guía y rector de los *opuestos complementarios*.

Entonces, *cuando se trata de curar, la voluntad sola es impotente. Es por el complemento de la imaginación, sobre todo, que se actúa con eficacia en el organismo del enfermo.*

Un *magnetizador* puede obtener a consecuencia de sus aptitudes, muy diferentes resultados, según que predomine en él la voluntad o la imaginación. En el primer caso, sus disposiciones lo llevan menos a curar que a experimentar la imposición de su voluntad. Los temperamentos voluntarios, agobian las naturalezas débiles y se complacen en obtener pruebas de su superioridad.

Su brusquedad no conviene al tratamiento de las enfermedades; aunque sin embargo hay que admitir que pueden en ciertos casos conseguir sacudir a un enfermo y despertar lo que dormido está en él. No se les puede pedir una transferencia de vitalidad dulce, progresiva y paciente, porque sencillamente no la poseen. Si magnetizan para curar, proceden por sesiones cortas pero repetidas. Sin embargo, la perseverancia no es su mayor cualidad. Disipan energía por medio de descargas instantáneas y formidables de *la fuerza de su voluntad*; pero si no les resulta de eso una cura súbita, no tratan de volver a intentarlo.

En cambio resulta ser de muy distinto modo cuando el *operador* hace intervenir complementariamente su imaginación. Ésta no tiene nada de brusco en sus efectos; baña al enfermo de efluvios permanentes que le constituyen un ambiente saludable. La influencia de la imaginación se ejercita poco a poco, pero con tenacidad y seguridad. Para tornar activa la imaginación, el punto es, paradójicamente, la necesaria concentración de la voluntad; pero a sabiendas de que se trata de entregarse voluntariamente, más bien a una suerte de abandono de sí, del propio ego, lo que lleva al terapeuta a comprender paulatinamente que debe, y como tiene y hay que ceder, de su propia vitalidad. *El operador*, así, se absorbe en un cierto ensueño interior particular y se abstrae de darle el rol protagónico a su voluntad, esta queda en segundo plano, pero vigilante, olvida su egocentrismo, mientras que en cambio, su Alma se exterioriza y se expande proyectándose hacia el otro, asumiendo el protagonismo principal en la acción terapéutica.

Estas indicaciones deberían bastar para dar a entender que el gran "*agente mágico*" resulta ser el resultado del "*matrimonio*" de la *voluntad varonil* y de la *imaginación femenina*, estos son los principios opuestos complementarios que son representados por las serpientes del *caduceo hermético*.

Pero, *la voluntad y la imaginación* jamás se encuentran en las mismas proporciones, en todos los seres humanos, y con calidades y cualidades idénticas, entre variados tipos de *operadores*. No sabríamos por lo tanto establecer una regla uniforme en cuanto al modo, manera y forma de *magnetizar*. Cada uno deberá tener que aprender a conocer esto, con el fin de irse desarrollando en sus aptitudes y cualidades individuales, tratando de sacar de ello todo el provecho posible para curar. No hay que esperar encontrar a dos magnetizadores que obren del mismo modo y obtengan los mismos efectos. Pero el mismo *operador* deberá aprender a variar su estilo de actuar, según sean los enfermos y según sean las enfermedades. Cuando las energías de la economía orgánica reclaman sólo una mejor repartición, un gasto fuerte y personal no será indispensable, pues para restablecer la armonía bastará con ser equilibrado. Hará falta al contrario, ampliar el valor personal, si acaso se vuelva

necesario aumentar la tensión vital. Pero podemos llegar hasta dar la vida por sólo tratar de sacar así a un enfermo de su lamentable estado. Sin embargo, no son los colosos que se muestran siempre bajo este tipo de informe los más generosos. En realidad, las naturalezas exuberantes no son las que se revelan ser más ricas. Personas de apariencia endeble y delicada, pero en posesión de ellas mismas, pacifican a veces como por encanto los disturbios de las constituciones más robustas. Esto debe animar a cada uno a ponerse manos a la obra, porque ninguno está absolutamente desarmado para un buen fin. Además, la energía magnética no es proporcional al vigor muscular. Pero eso sí, sepa siempre quererse operar con dulzura amorosa, sin ímpetus ni sobresaltos; téngase una imaginación viva y ardiente, y déjese arrastrar por lo externo a si mismo del llamado, mientras la propia voluntad nuestra permanece vigilante, para mientras tanto llevar socorro a otro; cultívese las facultades voluntarias e imaginativas: así la fuerza vital oculta irá aumentando. Todo es aprender a pensar, con el fin de servirse del pensamiento como de una energía eléctrica.

CAPITULO XVI

LA PREPARACIÓN DEL OPERADOR

El entrenamiento psicurgico. La dominación de él sí mismo. Las fuerzas nerviosas. Su acumulación durante el descanso. El sueño. La orientación. El cansancio mental. El desinterés.

Cualquiera que llega a la instancia sanadora puede estando bien de salud *magnetizar*, pero hay personas mejor dotadas que otras desde el punto de vista de la acción que hay que ejercer. Ciertas disposiciones naturales e intelectuales, permiten obtener posibles resultados más rápidos y eficaces. Pero sin embargo las aptitudes mismas de los más brillantes, piden ser cultivadas, no se debe nunca dormir sobre laureles. Nos volvemos realmente fuertes en magnetismo sólo después de habernos sometido a un entrenamiento que tiene por objeto:

1. Hacer al operador completamente dueño de él mismo.
2. Aprender a acudir a las energías sutiles del medio ambiente natural para atraerlas, con el fin de trasladarlas luego sobre el enfermo.

Para adquirir tal pericia, no se debe concebir otra cosa que, en primer lugar, entrar en posesión plena de sí. Cuanto más se logra el dominio del propio carácter, las energías que queremos poner en ejecución, más fácilmente se prestan a ello y más somos capacitados para obrar.

Una energía tranquila y retenida, pero susceptible de ser exaltada a voluntad, tal es el gran secreto del poder psíquico.

Pero esta fuerza de impulso se vuelve realmente preciosa sólo si no se ejercita en el vacío. Un fuego ardiente no basta para producir el vapor, si arde sin agua en la caldera. Es por esto que una voluntad vehemente queda impotente en *magnetismo*, mientras no se conjugue con una energía de un cierto tipo eléctrico y vital que se acumula alrededor de la organización del *magnetizador*.

Esta acumulación se efectúa espontáneamente por el efecto del descanso y, de manera más especial, durante el sueño. Un magnetizador sabría pues reparar mejor sus fuerzas sólo durmiendo.

Dormir es para él una necesidad más imperiosa que la de alimentarse. Podemos magnetizar teniendo hambre, pero el insomnio priva al operador de todos sus medios. Por otra parte, la tradición nos entera a nosotros, que el sueño es provechoso, más particularmente, si nos ocupamos en acostarnos con la cabeza hacia el Este. Estés seguro que esta orientación ejerce una influencia marcada sobre un sistema nervioso sensible. No puedo, por mi parte, soportar la posición inversa. Cuando de viaje, mientras que ignoraba en cual dirección reposaba acostado, me pasaba que no podía dormir satisfactoriamente, como consecuencia de un congestionamiento particular del cerebro, bastándome siempre con invertir mi posición en la cama, llevando la almohada (la cabecera) del lado de los pies, y viceversa, para obtener en seguida un descanso completo. Hecha la comprobación, y comprobaba regularmente luego, que la posición adoptada se acercaba a mi orientación acostumbrada, dormía tranquilo. Este hecho, que excluye toda hipótesis de autosugestión, no tiene nada de extraño, si se imagina que todo durmiente extendido con la cabeza al Este, sigue así con su cabeza, el movimiento de rotación de la tierra y se encuentra de tal manera, proyectando su imagen en el espacio, transitando por el cosmos cercano, a una velocidad vertiginosa.

Además, con el buen dormir se relaciona la tranquilidad de espíritu. La inquietud y las preocupaciones mantienen una agitación mental que agota. Una despreocupación cierta y filosófica es indispensable para el hombre que quiere poder disponer de una reserva fuerte de energía nerviosa. El magnetizador debe pues evitar, de “hacerse la bilis”. Tendrá tanta acción armónica que gozará interiormente de una paz más perfecta. Aunque la calma y la seguridad propia, están en este punto tan de rigor para el *terapeuta* que puede correrse el riesgo de sentirse paralizado por el apego a la tranquilidad propia, si no se cuestiona por su exceso, con respecto a la persona que reclama sus cuidados. También, no siempre es conveniente estar vinculado en demasía al enfermo, por medio de un fuerte afecto. Un hijo que ve a sus padres en peligro no es su mejor magnetizador. El marido no intervendrá tampoco siempre con más éxito acerca de su mujer. Un desapegado puede tener una acción mucho más eficaz, solo porque no se perturba afectivamente.

Es también perjudicial ser demasiado tímidamente ansioso de obtener el resultado favorable. Vi a magnetizadores quejarse de tener éxito sólo con enfermos a los que asistían gratuitamente, sus curas eran suspendidas tan pronto como se les concedía honorarios. Es, en este caso, su exceso de consciencia lo que los perturba, limitando su libertad de sanación en forma aguda. El sanador absolutamente no debe preocuparse por nada, actuando por ello mejor. El resultado se hará manifiesto con acuerdo a lo que las circunstancias permiten que sea: el *operador* es responsable sólo de lo que depende de él.

Hay que magnetizar tanto a ricos como a pobres con el mismo sentimiento de caridad, y resueltamente colocarse por encima de las cuestiones materiales. Aunque claro es que no se puede por otra parte magnetizar sólo por filantropía, por gusto y por pasión; sino jamás por espíritu de lucro. Pero un magnetizador tiene el derecho a vivir de su trabajo, pero debe hacerle un artista y no un mercader de fluido. No debe soñar con enriquecerse de otro modo que desde el punto de vista científico, ético y moral, y por qué no, el artístico.

CAPITULO XVII

LOS EXCITANTES

Los venenos del sistema nervioso. Inconvenientes de una alimentación animal. El descanso previo reemplaza los estimulantes. Sueño consiente. Sus efectos. La coagulación de los Hermetistas.

Experimentamos en nuestros días la necesidad de darnos artificialmente de todo. De este hecho, toda una gama de sustancias diversamente tóxicas, aunque también saludables cuando son correctamente aplicadas por la ciencia medicinal, entró en el consumo corriente de los neófitos en la materia.

Después del alcohol y el ajeno, se difundió el uso del opio, la morfina y el haschich. Todos estos son potenciales venenos, sin el conocimiento debido, de la mente, el Alma y el espíritu humano, porque actúan sobre el sistema nervioso, y modifican sus reacciones normales. Un *magnetizador* debe abstenerse de eso con cuidado más grande. Las bebidas alcohólicas mismas, no son inicialmente ventajosas de ninguna manera; lo mismo ocurre con el café y el té, incluso el caldo y la carne, salvo en determinadas circunstancias y hechos culturales específicos que lo ameriten. En cuanto al tabaco, severamente tiene que proscribirse, si se quiere gozar de toda su sensibilidad, pero si tal sensibilidad no le es posible por los medios ordinarios, en ciertos especiales casos, de mantener en control es decir sin desbordes, pues habrá que encomendarse a lo divino del credo que sea, y combatir el veneno con veneno. Porque repetimos no hay un vademécum universal que se pueda aconsejar llevar consigo, solo generalidades.

No se debe en absoluto recurrir, siempre que se pueda, a excitantes, baste con seguir, si cultural, regional y geográficamente es posible, el régimen vegetariano. Se recomienda imperiosamente a las personas que quieren entregarse al magnetismo, que lo hagan de manera ordenada.

Los faenadores carniceros son neurópatas inconscientes. La carne de los animales les cierra ciertos principios estimulantes, por la absorción de los humores cárneos, lo que les produce una especie de "fiebre interior", que les impide querer con calma y sobre todo imaginar controladamente con la continuidad y efectividad necesaria. La carne

ejerce una acción embriagadora y a la vez estimulante, pero que destruye la neutralidad de juicio indispensable para el operador cuidadoso de magnetizar con eficacia y sin cansancio.

En una época cuando me desvivía sin contemplaciones, podía entregarme a un desenfreno verdadero de magnetismo mientras observaba un régimen puramente vegetal. Pero a la menor desviación, mi equilibrio nervioso se rompía. Entonces ya no estaba más en estado de vibrar libremente y en armónica concordancia plena, con las energías que tenía que asimilar y luego transmitir a otro.

Cuando se ocupa uno en no trabar en nada las reacciones naturales del sistema nervioso, el simple descanso basta, para con sólo eso compensar las pérdidas, además de abastecerse de fuerzas superabundantes con vistas a un esfuerzo extraordinario. Si en lugar de recurrir a excitantes para cumplir un trabajo que exija un esfuerzo mental cierto, se tuviera la sabiduría de recogerse reposando, nos pondríamos de tal modo muy rápidamente en condiciones de producir con facilidad. Por mi parte, yo me he visto pocas veces inepto para todo trabajo intelectual y físico. Pero llegado yo al exceso en mis prácticas, (porque hay un límite), un cansancio invencible me prohibía realizar toda aplicación; se me volvía imposible fijar mi espíritu, hasta con vistas a una lectura simple. Así como también, cuando la lucha terapéutica todavía agravaba este estado, hacía un esfuerzo para repudiar a eso, para abandonarme entonces a una pasividad completa procurando dormir. Pero el sueño en tales casos quedaba incompleto; arribaba a una languidez deliciosa que no me dejaba percibir más la sensación de física de mi cuerpo. Mis miembros, ya no eran más bajo la dependencia inmediata de mi voluntad: para ejecutar un movimiento yo mismo tenía previamente que realizar un gran esfuerzo, al volver del sueño, era como soltado en parte de los lazos de la materia.

También, la vida del sueño aparecía en mí como la vida efectiva; los cuadros más hechiceros desfilaban delante del objetivo de mi vista interna. Todo lo que veía era idealmente bello: era un encantamiento continuo. *(Posiblemente abusé de este modo instantáneo de recuperar mis fuerzas. Un trabajo continuo, impunemente no puede serles impuesto a nuestros órganos sin consecuencias, sobre todo a los elementos extremadamente delicados del sistema nervioso. Absolutamente hace falta descanso. Esta exigencia hará siempre difícil o peligroso el ejercicio profesional del magnetismo: si se es concienzudo, nos matamos, y en caso contrario mejor vale abstenerse. Ya que cada uno es en condiciones de magnetizar, hay que repartirse la tarea: tal es la solución. Magnetizando una o dos veces al día, no nos exponemos al menor peligro; pero cuando, en el curso de su día, se desvive seriamente a favor de una decena de enfermos, y esto durante meses o años, el oficio se vuelve extenuante.*

Podemos no apercibirnos desde el principio, pero llega el momento en que hay que detenerse.)

Mi experiencia personal me lleva así a proscribir los estimulantes artificiales que actúan sólo agotando las reservas vitales del organismo. Entonces, es importante no empezar jamás sin estas provisiones dinámicas, que son el capital y debemos gastar sólo sus rentas. Para actuar con eficacia jamás hay que, desde el punto de vista nervioso, contraer deudas, sino, al contrario, amontonar por anticipado economías, para cuando un aumento del gasto se tenga que realizar. Toda rotura de equilibrio arrastra, por lo demás, a una reacción compensadora. *Un exceso, provoca siempre un exceso equivalente, en sentido contrario.* Después de un aumento de actividad, un descanso se impone; pero es ventajoso recoger en la pasividad las energías suplementarias, antes de acometerse a un trabajo fatigoso. *Cuando se supo coagular tenemos de qué disolver; y cuando se supo hasta donde y que disolver, tenemos qué coagular.*

Porque la fórmula famosa “SOLVE ET COAGULA”, no se refiere a otra cosa que a la condensación y a la disolución y/o dispersamiento de la fuerza universal. El magnetizador puede dar sólo lo que previamente recibió. Permitirse recibir, tal es pues el punto de partida primero de todas sus operaciones.

CAPITULO XVIII

LA POSTURA EN RELACIÓN

Aislamiento. Encantamiento. El entusiasmo. Las fuerzas del alma. La certeza de actuar siempre con fruto.

La manera de obrar no contiene en magnetismo una regla uniforme. Cada uno debe actuar según los recursos de su individualidad. Pero es difícil cuando se empieza, improvisar de una sola vez un método. Generalmente comenzamos por adoptar uno que se obtiene de otro, luego lo modificamos poco a poco según nuestra propia conveniencia. Así es como logré proceder de la manera siguiente: Abordando a un enfermo, ver en primer lugar que esté extendido o sentado cómodamente, luego me instalo cerca de él, para poder apreciarle las manos. Casi todos los magnetizadores entran así en materia; pero algunos de ellos consideran útil primero fascinar al enfermo obligándolo a mirarlos en los ojos. Esta práctica es típica de los adormecedores, pero no se recomienda de ninguna manera cuando se trata de curar. Preferible es siempre no imponerle al enfermo ningún cansancio y, lejos de fijar en él una energía más o menos feroz, cerrarle los ojos, para que se entregue a la pasividad más completa. Durante algunos segundos, realizo un cierto tipo de abstracción, de olvido de todo lo que me rodea y no pienso en nada. Luego las ideas me vienen una a una. Las manos que siento en las mías me recuerdan que tengo que magnetizar a alguien. Oro, interiormente pidiendo que el enfermo quiera tener confianza en mi intervención y que no sea decepcionado; creyendo en que es indispensable que sea curado.

Personalmente considero que no debo dejar desacreditar al magnetismo y, por otra parte, el enfermo que está delante de mí es siempre digno de toda mi solidaridad... Evoco entonces todos los motivos que son susceptibles de exaltar el interés que le llevo.

Finalmente, contemplo el sufrimiento como el resultado de un disturbio de la armonía universal y sueño imaginativamente con un principio que difunde en el mundo la luz y la vida.

¿No es en nombre de una fuerza soberana que me incumbe intervenir? ¿El hombre

que procura el bien no se hace él, agente de todas las energías que luchan para aliviar el dolor? El individuo no es nada por él solo, hasta que puede disponer de una energía inmensa por llegar a imbuirse de las corrientes de la vida colectiva...

Dejándose llevar por el flujo de pensamientos semejantes, llegamos a un grado de entusiasmo que así favorece la exteriorización de una energía sanadora o curadora. No es justamente quedándose en calma fría que se puede uno sacar de sí de buen grado, para volar en socorro de otro con toda el alma. Hace falta al *psikurgio* aprender a exaltar sus nobles sentimientos por medio de una suerte de auto-encantamiento, embriagándose poco a poco de pensamientos nobles que nacen de uno de otros, en uno mismo. A veces el enfermo mismo nos inspira un interés poderoso. No merece menos simpatía, porque no pertenezca a este cuerpo de la humanidad del que somos nómadas componentes. Nosotros todos participamos en la misma vida colectiva, y devolver la salud a otros, en sí es curarse.

Pero la idea de la solidaridad, no llega siempre a lograr que el operador sea el diapasón requerido. Se puede entonces recurrir a un artificio más sutil. Magnetizando a un indiferente, se representará interiormente la imagen de una persona por la que él sacrificaría de buena gana su vida, luego se imaginará que es a ella a quien le cuida... El problema consiste siempre en convertir en energía curativa todas las potencialidades reunidas en el pensamiento, la de la imaginación y la voluntad. Ningún recurso debe ser descuidado a este fin. Pero lo esencial estará siempre en no dejarse llevar por la duda. No es el enfermo el que tiene la necesidad de tener fe, es el operador. Jamás debe, sobre todo, temer toparse con alguna imposibilidad.

Podemos acometer por encima de sus fuerzas; pero ningún esfuerzo generoso puede quedar estéril. Nada se pierde en el dominio de la energía. Si la energía emitida no llega a localizar el objeto de su destinación, no por eso será menos utilizada. Las sesiones de hipnotismo abastecen de eso, la prueba; porque, cuando se esfuerza por adormecer a un sujeto rebelde, pasa muy a menudo que un espectador de quien no se ocupaba de ninguna manera, tumba de repente en sueño. Este hecho debe calmar al *terapeuta*, que no tiene que inquietarse por el resultado de sus esfuerzos. No le incumbe obtener siempre lo que desea; pero cuando se desvive por el bien de otro, jamás deja de enriquecer la atmósfera de efluvios vitales que por sí mismos van a los más necesitados.

Esto es verdad sobre todo para el *magnetizador sensitivo*, que no actúa en virtud de una decisión arbitraria de su voluntad, sino únicamente por la solicitud del enfermo o de un llamado interior que solo él puede reconocer como válido o no, ante su consciencia. Cuando éste es atractivo, es que transmite inconscientemente a otro la

fuerza de la que hasta él no saca provecho. El *psikurgo* que sabe ponerse en armonía con las corrientes de la vida general no corre ningún riesgo de terminar en pérdida alguna.

CAPITULO XIX

LA AUSCULTACIÓN MAGNÉTICA

Eretismo psíquico. Neutralidad del operador. Atracción espontánea. Los puntos débiles. Indicios abastecidos por la sensibilidad. Sus ventajas.

Después de haber reunido las energías suficientes para ser destinadas a combatir el dolo, no debemos apresurarnos a lanzarlas ciegamente, como contra un enemigo. La acción pide ser conducida con discernimiento; pero basta con este fin con no precipitar nada, dejando al sistema nervioso el tiempo de reconocerse.

He aquí a este respecto mi modo de proceder: mientras tengo las manos del enfermo actúo en mí mismo y no en él; pero viene un momento, en que mi energía psíquica alcanza un grado suficiente de tensión. Soy advertido de eso por sensaciones especiales: mis cabellos parecen levantarse, luego una suerte de escalofrío se va de la nuca y se propaga a lo largo de la columna vertebral. Pronto este influjo alcanza hasta la extremidad de los miembros, que ligeramente entran en trasudor; luego el movimiento se vuelve sobre él mismo hasta que el pecho se hincha y la respiración toma un ritmo anormal. Percibo en ello la invasión de un soplo misterioso: instintivamente me incorporo y abro los ojos.

Abandonando entonces una de las manos del enfermo comienzo a pasear delante de él la mano vuelta libre. Pero toda mi atención se limita a sentir, conforme a las teorías de Didier (Ver capítulo III). Exploro así las diferentes regiones del cuerpo (tórax, abdomen, miembros, etc.) quedando pasivo, o más exactamente neutro, porque así no se actúa por sí mismo (por la propia voluntad), yo dejo actuar mi sistema nervioso, y observo los puntos a los cuales su acción es llevada espontáneamente. Tan pronto como abordo una de estas regiones la corriente que se establece hace contraer mis dedos, transformados en esta circunstancia en una especie de varas adivinatorias. Los centros atractivos que discierno así, no necesariamente se corresponden a los órganos enfermos, sino que son percibidos como brechas sobre las cuales la acción deberá concentrarse. Una sensibilidad ejercitada abastece en esta materia de las indicaciones precisas. Permite alumbrar plenamente la acción, pero también les recomendaríamos a los principiantes aprender a no sentir demasiado. Podemos por otra parte ir mucho más lejos en la vía de esta

"clarividencia particular" de los magnetizadores experimentados. Poseer algunas nociones de fisiología permite además, llegar a hacerse una idea nítida de los desórdenes que hay que enfrentar. A veces también, es posible nos demos cuenta del estado de los órganos sin necesitar estar en contacto con el enfermo. De una sesión a la otra percibimos las modificaciones que se produjeron para sacar de eso pronósticos con respecto a las fases próximas a la cura. Por otra parte, puede ocurrir que llamen a la atención del enfermo síntomas que él olvidaba señalar.

En resumen, tres fases tienen que distinguirse en las operaciones que se suceden en el curso de una sesión magnética. El operador se hace en primer lugar pasivo y atractivo. Se prepara para la acción acudiendo a las fuerzas que deben intervenir. Cuando está dispuesto a actuar, se retiene interiormente para ubicarse como observador neutro de los efectos que el mismo produce.

Por fin, se vuelve activo, tan pronto como es plenamente informado sobre lo que importa ser emprendido. Un plan de trabajo juiciosamente concebido permite actuar sin desperdiciar el menor esfuerzo.

CAPITULO XX

LA ACCIÓN

El empleo de la voluntad. El valor total de sí. La inmunidad contra el contagio. Peligro de la pasividad. El coraje.

Para sacarse de la neutralidad y devenir progresivamente activo, el magnetizador tiene que sólo responder a las atracciones que se ejercitan sobre él por parte del enfermo. Saturar las regiones absorbentes, es allí a menudo todo su papel. Pero una intervención más vigorosa puede volverse necesaria: aunque es raramente útil desplegar un esfuerzo brusco. La dulzura se recomienda en general, aliándose a una energía gradualmente creciente. El *terapeuta* jamás debe olvidar que su fuerza esencialmente reside en una voluntad retenida. Tiene suma importancia no desperdiciar la fuerza de la voluntad. Esta estará como guerrero vigilante. Es una reserva suprema que solo debe entrar en primera línea con un determinado propósito. La voluntad se debilita en un ejercicio a tontas y a locas. Para hacerla irresistible, hay que al contrario mostrarla avara. Evítese sobre todo el querer por fuera de la intención terapéutica, así se mantendrá la soberanía sobre todo aquello que sea susceptible de obedecer. En magnetismo, la voluntad jamás debe ejercitarse arbitrariamente: hay que esperar ser llamado a eso. Cuando todos los demás recursos han sido agotados solamente entonces conviene desencadenar el querer en toda su impetuosidad. Pero raramente será necesario actuar de modo heroico en psiquirgia. Sin embargo, el fin de cada sesión, es en el interés, a la vez del enfermo y del magnetizador, por el que éste se desvive totalmente por el otro.

Con este fin, libramos al enfermo de algunos malestares que pudiera experimentar. Pasos transversales vigorosos tendrán su razón rápidamente de allí. Las condensaciones mórbidas de la atmósfera magnética del enfermo serán disueltas, se trata con ello de reconstituir fuertemente su ambiente vital. Procuramos acumular así, alrededor del sujeto, un medio fuertemente cargado de "electricidad" curativa: este es el momento de dar todo lo que se posee, sin temer agotarse. En esto no corremos peligro, de ninguna manera, de cansarnos, porque nos recuperaremos tanto mejor de nuestras fuerzas renovándolas por haberlas gastado más completamente. El medio de enriquecerse en magnetismo es privarse de todo para otro.

Pero con el fin de proseguir más allá de lo que se dio, hay que evitar quedarse pasivamente cerca del enfermo. Tan pronto como la sesión se acaba, es mejor salir al exterior en seguida, en busca de aire. Y una vez ganado el exterior, nada provoca mejor una reacción que realizar una marcha bastante rápida que acelere la respiración y humedezca la piel con nuestro transpirar. Si se tiene presente el no descuidar jamás tomar tal precaución, podemos, sin cometer imprudencias, tratar con las enfermedades más contagiosas. El terapeuta no se expone a ningún peligro mientras es activo. Y en cuanto a la pasividad, solo se le vuelve funesta, si se le traduce en miedo. Pero esto es casi desconocido al hombre que tiene lo que hace falta para curar a otro. Aunque un poco de temor puede hacernos más serios y responsables en nuestro trabajo, en alguna ocasión.

En suma, un terapeuta cuando trabaja sobre un paciente, debe tratar de aplicar juiciosamente sus energías, y no soñar con administrarlas egoístamente. Cuanto más se olvida de él mismo en tal sentido, tanto más recibe. No debe estar calculando sus posibles pérdidas energéticas, pues estas se reponen tanto mejor cuanto menos se cuidó de ello, durante la terapia. Sin embargo no hay que perder de vista que nuestros órganos si se fatigan al quemar energías. Aunque podemos hacer malabarismos con la energía, darla, luego repetir a tensión más alta, etc., pero esto tiene su límite en el tiempo si se trabaja sin contemplaciones. El sistema nervioso acaba entonces por irritarse primero y deteriorarse después. Hay que actuar como acaba de ser dicho, pero no multiplicando en exceso el número de las sesiones y si ordenarlas para tomar el descanso necesario.

CAPITULO XXI

CONCLUSIÓN DE LA PARTE PRÁCTICA

Salud obliga. La medicina familiar. Punto de curandero de profesión. Cada uno magnetizador.

Una influencia siempre benéfica irradia desde todo organismo sano. Por tal influencia, la salud se comunica y se torna en riqueza, que los más dotados pueden donar a los más pobres que lo requieran. Entonces, si la riqueza material crea deberes para los que la poseen, lo mismo ocurre con la riqueza suprema que es la salud. En la medida de sus posibilidades, cada individuo debe tratar de socorrer a su prójimo, y ya que tenemos la facultad para curarnos los unos a los otros seríamos necios si no lo valoramos.

Aprendamos a conocernos mejor a nosotros mismos. Todos disponemos de un cierto grado de facultad curativa inconsciente, esta es, de mínimo, la facultad de poder amar. La cual nos solicita a todos el hacernos médicos de los nuestros en alguna oportunidad, de diferentes maneras, modos y formas. Pues no solo con la imposición de las manos podemos conducir una acción terapéutica de familia, o del entorno íntimo de nuestra vida, ejerciendo una medicina íntima y no presuntuosa. Prestar nuestra atención al otro, escucharlo, contenerlo o acompañarlo en su momento de crisis, es ciertamente muy terapéutico cuando se lo realiza mediante la comprensión del concepto de; *Amor al Semejante* -"ama a tu prójimo como a ti mismo"- . Esto, todos podemos ejercerlo sin grandes estudios y sin diplomas. Una mano que acaricia con amor es una mano que sana, cura o mitiga un dolor. Y esta medicina no debe en absoluto hacer que se desprecie la ciencia oficial de los doctores. Pues de ningún modo está reñida con ninguna ciencia oficial. En todo caso, si están reñidos muchos médicos y profesionales de toda índole con la "*Ciencia del Amor*". Muy imprudente sería el que quisiera transitar su vida sin ella. No despreciemos en absoluto sus luces, y en cuanto a los médicos oficiales, actuemos antes que ellos, intervengamos con nuestra fuerza vital y con fervor amoroso en nuestro deseo de aliviar a otro; de tal manera la mayoría de las veces haremos innecesario toda asistencia médica que igualmente haya sido, como es lógico hacerlo, requerida. Es mejor que; avalando sin saberlo, nuestro accionar, el médico diga después de examinar a nuestro paciente: "*Sea lo que sea que haya pasado, ya pasó y está bien recuperado*".

Los magnetizadores cometieron el error en su momento de pretender ser exclusivos en lo terapéutico y sustituir a los médicos. Este grueso error doble, los llevó a una explotación profesional y comercial exagerada del magnetismo, que los arrastró a las peores depreciaciones. Es muy importante reaccionar contra tales abusos, pues justo es precaverse siempre de tales complicaciones del ejercicio terapéutico.

En cuanto a la imposición de las manos, es llamada en el tiempo a prestar servicios preciosos; pero aconsejamos mantenerse en el anonimato a todo aquel que en los actuales tiempos quiera practicarla, pues se necesita primero que se generalice mucho más ampliamente la existencia de su práctica. Los terapeutas magnetizadores, no deben constituirse en una corporación, porque finalmente todos deben hacerse conscientes de sus facultades terapéuticas en alguna medida, toda persona, por lo menos tiene alguna aptitud y este es el caso de la inmensidad general.

Todo enfermo encontrará entre las personas de su entorno a alguien con la capacidad de imponerle las manos; el remedio está por todas partes al lado del dolor, pero tontas prevenciones nos alejan de ello. Seamos menos obstinados en la rutina que nos ciega. No rechacemos a la ligera lo que nos parece extraño; el orgullo humano es demasiado propenso a no querer reconocer que la verdad, que se dirige preferentemente en busca de los humildes de corazón para hacerse manifiesta, pues es en referencia a aquellos de corazones humildemente nobles, que se ha dicho que *verán a Dios*.